BREVES APVNTES

SOBRE LA

ANTIGVA ESCVELA DE PINTVRA EN MEXICO

Y ALGO SOBRE LA ESCVLTVRA

POR AGVSTIN F. VILLA

CON PROLOGO Y NOTAS

D ALFONSO TORO

MEXICO. AÑO DE MCMXIX.

ANTIGUA ESCUELA DE PINTURA EN MEXICO

P49-P C65-N8749-80T
R16-P241-N17095-35T

Agustin Fernandez Villa

-290

BREVES APUNTES

SOBRE LA

ANTIGUA ESCUELA DE PINTURA EN MEXICO

Y ALGO SOBRE

LA ESCULTURA

POR

AGUSTIN F. VILLA

CON PROLOGO Y NOTAS

DEL

LIC. ALFONSO TORO

Segunda edición ilustrada con reproducción de varias pinturas tomadas de fotografía directa

In sapientæ et virtutis officinam ingressus dici potest, qui in artis et naturæ operibus Deum assidue contemplatur.

(Beda. De Naturæ Rerum).

EN MEXICO.—MCMXIX.

Registrada la propiedad
literaria y artística.

AL LECTOR

En todas partes, los grandes artistas son los heraldos y los intérpretes de su pueblo...

TAINE

Solo la amistad que me liga con el licenciado Luis Villa Gordoa, y no méritos propios, ni conocimientos de que carezco, puede haberme hecho tomar la pluma para trazar estos renglones y las notas que acompañan a la presente obra, que escribiera el padre de mi amigo.

Si la decidida afición por esa arte bella que se llama Pintura, diera acierto para escribir, considerárame capaz, ya que desde niño tuve por ella religioso culto; pero además de ello requiérese para escribir sobre ese arte, gusto exquisito, depurado por el estudio de las obras maestras, cosa que solo es dable adquirir con prolongadas visitas a las principales galerías europeas, y que no está al alcance de todos.

Limitaré pues mi tarea, a decir dos palabras sobre la obra y su autor. Aquí, donde somos tan dados a alabar y poner sobre nuestras cabezas las obras extranjeras, como a menospreciar las propias; aquí donde aún muchos de nuestros artistas más distinguidos desconocen la historia del arte patrio, que dígase lo que se quiera puedo presentar páginas brillantes, tanto más notables cuanto más inferior ha sido el medio en que se han producido; es tarea noble y piadosa conservar el recuerdo de nuestros antiguos pintores y estimar su obra, para estímulo de vivos y digno homenaje a los que, antes de desaparecer de la escena del mundo, hicieron algo grande en bien de la cultura estética de su país.

Antes de la presente obra, el doctor don José Bernardo Couto había dado a luz su castizo y elegante «Diálogo sobre la Pintura en México», tan digno de alabanza por su correcta dicción, como por su amenidad y por sus

juicios, en lo general acertados, sobre el mérito de nuestros antiguos pintores; pero aún cuando esa obra no ha sido superada en la forma, es incompleta, tanto por haberse omitido algnnos nombres de artistas notables, como por contener errores de fechas y otros, que estudios posteriores han venido a rectificar.

El señor don Manuel G. Revilla, publicó por el año de 1892, una obra tituladá *El Arte en México durante la Epoca Antigua y el Gobierno Virreynal*, en la que si bien es cierto que recopiló muchos datos interesantes, faltan sin embargo algunas noticias que se encuentran en la obra del señor Villa.

Otras obras hay sobre el mismo asunto que la presente, de suma importancia, como son las de Baxter, Samborn y el doctor Lucio; pero puede decirse que ninguna de ellas está al alcance del vulgo, las unas por el idioma en que fueron escritas y la últimamente citada por estar agotada.

El maestro Altamirano, tan competente en cuestiones literarias, como profano en las artes del dibujo, escribió una revista artística, publicada en el Almanaque Caballero para 1883 y 1884, con tan falsas apreciaciones y juicios tan desacertados sobre la antigua escuela de pintura mexicana, que dió origen a acaloradas polémicas, que pusieron en claro que solo el ofuscamiento producido por la pasión política, podía haber dictado aquellos renglones, en que se ponían por las nubes las obras de pintores contemporáneos, menos que medianos, diciéndose de los antiguos que tan alto supieron colocar su arte: «No se dedicaron sino a la pintura religiosa, tal vez porque era la única que protegían el clero y los particulares, y en ella agotaron todas las manifestaciones de tristeza, de dolor, de resignación, de abatimiento, de lúgubre y sombrío misticismo, que una religiosidad exagerada por los terrores de la Inquisición pudo inspirarles. Así, nada del ideal un poco pagano del Renacimiento se descubre en esos cuadros, que no producen en el ánimo sino una impresión de desaliento infinito, algo como la vista de una serie inmensa de cadáveres hacinados en una sala de disección..... Colocados hoy en los salones de la Escuela de Bellas Artes, marcan con su sombra una época y después de contemplarlos se busca como por instinto de conservación un rayo de sol, un soplo de aire, una corriente de vida: en los otros salones. Los dibujos son correctos a veces, pocas ciertamente, pero la lividez y demacración de las carnes, la amarillez cenicienta de las manos, las bocas siempre contraídas por la contorsión de agonía o por un gesto de dolor, los ojos hundidos y extraviados por el éxtasis o abatidos por la aflixión, los paños oscuros, los fondos crepusculares y embarazados, todo esto repetimos, deja en la imaginación una huella de sombra, como el viaje por una cárcel subterránea o por una enfermería al caer de la tarde de un día lluvioso.»

A pesar de las verdaderas herejías de arte contenidas en esa revista, que

fueron victoriosamente refutadas en su tiempo por el pintor mexicano don Felipe Gutiérrez, los juicios en ella contenidos han alcanzado mejor suerte de lo que pudiera esperarse; pues casi literalmente traducida al francés, y empeorada con nuevos errores y falsedades, ha servido a Jules Claretie, para escribir la parte a él encomendada *(Art et Literature)* en la obra titulada *Le Méxique au debut du XXe Siecle;* lo que no habla muy alto en favor de los mexicanos que dirigieron la publicación, ya que permitieron que se pasaran en silencio los gloriosos nombres de los Echave, los Arteaga, los Ibarra y los Rodríguez Juárez, para anteponerles los de poco estimables medianías de época posterior.

Por lo demás no es Altamirano el único culpable de la falsa idea que tiene el común de las gentes del valor de nuestros artistas; pues es muy frecuente que escritores sin cultura artística y sin conocimientos técnicos decidan del favor que los artistas disfrutan en el público. La costumbre moderna de emplear como críticos de arte a poetas y novelistas creemos que ha dado pésimos frutos.

En efecto, el crítico de arte que carece de conocimientos técnicos, llena las cuartillas de frases huecas, más o menos agradables al oído, ve en el cuadro o la estatua lo que no hay, encuentra símbolos donde no existen y sugiere necias admiraciones, entre gentes que pretenden sentar plaza de cultas, por pintamonas vulgares y escultores de pacota. Así el vulgo concede los laureles del triunfo, solo por lo que dicen X o Z, y así logran muchas medianías, cuando no verdaderas nulidades, asombrosos y fáciles éxitos que al cabo de poco tiempo están olvidados por completo con suma justicia.

Si tal género de crítica, creemos que ha sido perjudicial en Europa misma, donde quienes la ejercen tienen por lo menos gusto refinado; aún cuando desconozcan los principios de la técnica ¿qué diremos de México donde las más veces quienes se encargan de ella son escritores y reporteros incultos hasta la barbarie?

Volviendo a la obra del señor Villa, diremos que reconociendo su mérito, no podemos estar conformes con el juicio que en ella se expresa acerca del Renacimiento.

En efecto ¿qué hombre amante de las Bellas Artes, puede recordar sin conmoverse esa época grandiosa y única en la historia del mundo? ¿Quién puede mirar con indiferencia a sus precursores? Dante encerrando en su Comedia, como en gigantesco cinnema toda la vida de la Edad Media, con sus amores sublimes y sus crímenes brutales, con su ciencia vacilante entre la metafísica escolástica y la experiencia; con sus preocupaciones populares profundamente arraigadas y su excepticismo ante las verdades mejor demostradas; con sus papas, incrédulos, simoniacos y guerreros, y sus emperadores ambicioso y tiránicos; con sus embrionarias nacionalidades lanzándose a luchar por ideales a veces altísimos, sin comprenderlos y arrastran-

do una existencia, las más veces bestial y miserable. Petrarca, el más pagano quizá de los eclesiásticos, enamorado de los clásicos griegos y latinos, pretendiendo resucitar viejas tradiciones latinas muertas para siempre, y llevando una vida sibarítica soñando en las bellezas de su Laura. Bocaccio espíritu verdaderamente epicureista, enamorado del placer y la belleza, enemigo de la superstición y pintor divino de la sociedad florentina de su tiempo narrando las gestas amorosas de príncipes y señores, que no desprecia ni maldice al mundo; sino que reconciliando la materia con el espíritu, la realidad con el ideal, hace que recobre sus derechos la humana razón y que se abran más vastos horizontes al pensamiento, emancipado de las nieblas de un oscuro misticismo. Y esa trinidad de hombres de genio, más divina que humana hace nacer la lengua italiana, la más culta, melodiosa y rica de las derivadas del latín, la *lingua gentil suonante e pura.*

Estos creadores de la lengua y cultivadores de la belleza, éstos apóstoles del estudio de los clásicos, hacen que se ponga de moda la antigüedad greco-romana, que se fije la atención del público en las monumentales ruinas, que en su muda decadencia proclamaban el poder de la antigua Roma; entonces las bellas estatuas paganas, que hasta entonces eran vistas con horror y consideradas como la representación de los genios del mal, desenterradas del histórico polvo de la tierra italiana resurgen de nuevo ante la multitud, y con ellas renace la belleza y la alegría de vivir. Y se produce un florecimiento intelectual y artístico, como jamás, desde los antiguos tiempos de Grecia, se había registrado en la historia de la humanidad. Hoy es Nicolás de Pisa que al contemplar los relieves del sarcófago de la condesa Beatriz, descubre la gracia y la belleza de la estatuaria antigua, que tratará de imitar en sus obras; mañana será aquel pastorcillo que dibuja sus cabras en la arena y que recojido por Cimabue, llegará a ser el genial Giotto, pintor, escultor y arquitecto, que fué el primero que rompió las ligas en que aprisionara a la Pintura la Edad Media, para hacer de ella un arte nuevo lleno de expresión y de vida. Un arte que ni aún habían llegado a soñar los pintores medioevales, con sus figuras alargadas y rígidas, sus paños angulosos, sus cuerpos desproporcionados; con su arte hierático en fin, que sujetaba al pintor a reproducir indefinidamente las mismas imágenes conforme a ciertas reglas inmutables, establecidas por la tradición y los cánones de la Iglesia. Se ha abierto por fin para el Arte un ancho camino por donde marcharán sus devotos sin tropiezos ni vacilaciones, y así como en medio de la oscuridad de la noche, brillan estrellas a millares, así en medio del atrazo de las clases populares del siglo XVI, el siglo de oro de la Pintura, resplandecen en el cielo del Arte, los nombres de genios sin par, como el divino Leonardo de Vinci, pintor, escultor, arquitecto, sabio casi universal, hermoso de cuerpo y de alma como un semidios; el colosal Miguel Angel «piu che mortal angiol divino»; que si pinta resume magistralmente en las pa-

redes de la capilla Sixtina, la historia de la humanidad desde su principio hasta su fin, según la leyenda bíblica; que si esculpe saca del duro mármol su gigantesco e insuperable Moisés; y que si a la arquitectura se dedica contribuye a la erección de ese monumento, eterna gloria del arte que se llama San Pedro de Roma; y después de todo ello aún le sobra tiempo para escribir hermosos versos en honor de su amada; el divino Rafael, príncipe de los pintores, que cubre con sus composiciones llenas de gracia, fuerza y belleza inimitables, los muros de los palacios pontificios, y que muerto a los treinta y cinco años deja en sus obras un inmenso legado a la humanidad, que bastaría para la gloria de una serie de artistas. Y en torno de esos dioses del Arte, ¡cuántos otros artistas geniales! Pintores, escultores, arquitectos, prosistas y poetas, cinceladores y grabadores, ceramistas y lapidarios, mosaicistas y orfebres. Julio Romano y Pintoricchio; Donatello y Juan de Bolonia; Brunelleschi y Bramante; Bandello y Firenzuola; Ariosto y Tasso; Cellini y del Prato; Marco Antonio Raimondi Andrea Mantegna y tantos y tantos más. Todos los materiales y todos los procedimientos se emplearon para el Arte, y desde los colosales monumentos con que se engalanaban las ciudades, palacios, templos, plazas públicas, fuentes y estatuas, hasta los más humildes objetos destinados a los usos diarios de la vida doméstica, como los *cassone* que era costumbre regalar a las recién casadas, las armas y los muebles, las monedas y las alhajas, todos recibieron el sello de la eterna belleza que los artistas les imprimieran.

El Renacimiento, del que la bella Italia fuera cuna, dió origen a nuestro entender a la civilización moderna, al embellecimiento de la vida entenebrecida por el falso ideal cristiano de la Edad Media; el Renacimiento hizo que el mundo, enfermo de lúgubre misticismo, tornara a la salud, al contemplar de nuevo la naturaleza en todo su explendor, y al tomar de ella fuerza y energía para vivir alegre y satisfecho. Como dice el Bartoli "este rejuvenecimiento de las fuerzas humanas, estenuadas en el afán de asceticos suspiros y de silogismos escolásticos, esta nueva unión del pensamiento con la tierra y la humanidad, divorciándose del simbolismo para palpar con mano amorosa la naturaleza desnuda, era muy necesario para que pudieran educarse en la escuela de la razón y de la experiencia, los políticos, los reformadores, los filósofos, todos los grandes preparadores de la moderna civilización.»

Tal es la impresión exacta, que en nuestro espíritu deja el estudio de esa época inmortal y tales las razones que nos inclinan a creer, que no era posible que sin el Renacimiento, las Bellas Artes alcanzaran un progreso mayor.

Para terminar este cansado prólogo, diremos que la vida del señor Villa, como la de muchos literatos, puede encerrarse en breves líneas.

En el seno de una honorable familia, nació en Guadalajara en 1828, y

se educó, como él mismo lo refiere, en la presente obra, al lado del sabio filólogo Fr. Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera, llegando a ser un notable humanista y profundo conocedor de las ciencias eclesiásticas; sin que su vasta erudición en tales materias marchitara su viva afición por las Bellas Artes.

Aunque sus estudios y aún su carácter retraído le inclinaban a la carrera eclesiástica, de ella le apartó el mismo Nájera, por lo que, sin seguir ninguna carrera literaria, ya que tenía bastantes bienes de fortuna para vivir, como dice uno de sus biógrafos, «ni envidioso ni envidiado», se consagró de lleno al estudio de la Filosofía escolástica, a la Epigrafía y a coleccionar libros raros y pinturas notables, pudiéndose aplicar a su tranquila existencia, lo que dice Ignacio Ramírez de Fr. Luis de León de «que pasó su vida de lo noble y lo bello apasionado».

El señor Villa contrajo matrimonio en 1854, y tuvo numerosa descendencia.

Varias son las obras que escribió nuestro autor, ya sobre Filosofía escolástica, ya sobre temas piadosos, a lo que hay que añadir sus traducciones del italiano, latin y francés, de las que unas se han publicado y otras permanecen inéditas.

El señor Villa no desempeñó puestos públicos; porque siempre fué enemigo de la política, y murió el año de 1893, dejando un noble ejemplo que imitar.

Sus paisanos han honrado su memoria, colocando su retrato en la Biblioteca Pública de la ciudad de Guadalajara. *

Aguascalientes Marzo de 1908.

ALFONSO TORO.

* Las notas marcadas con números son del licenciado Toro, las demás son del autor de esta obra.

Tu casa en Guadalajara año de 1879.

Señor don Felipe Castro.

Presente.

Querido amigo:

A tí dedico estos ligeros apuntes porque eres mi compañero de infancia, porque eres pintor, y porque eres mexicano. Tu bondad característica disculpará lo imperfecto de mi trabajo, especialmente si atiendes a la carencia de elementos con que he luchado, que no me permitieron hacer una cosa más acabada; y fuera de las apreciaciones que he prohijado de autores respetables dispensa la inexactitud de las que me son propias; pues profano en el bello arte de tu profesión no poseo mas que el gusto que mi incapacidad pudo formar en los seis primeros años de mi juventud, que tuve la satisfacción de pasar al lado de mi inolvidable y sabio maestro el Padre Nájera, Prior del Carmen de esta ciudad, oyendo sobre el particular sus acertados juicios, y contemplando la hermosa galería de cuadros que entapizaban las paredes de su convento.

Que tú sigas recogiendo los laureles debidos a tu mérito, haciéndote cada día más digno de suceder a los ilustres maestros cuya cuna se meció donde estuvo la tuya, son los deseos de tu amigo

AGUSTIN F. VILLA.

INTRODUCCION

La pintura entre los mexicanos aborígenes estaba estrechamente ligada con su historia, y la mayor parte de los que eran pintores solo eran unos simples cronistas. Los toltecas en el Nuevo Mundo fueron los primeros de quienes se sabe que hayan usado de la pintura para consignar su historia. Los acolhuas, lo mismo que las otras siete tribus aztecas que habían salido de la barbarie, todas la usaron con el mismo objeto. Unas veces pintaban las efigies de sus dioses, de sus reyes y hombres ilustres; otras por medio de figuras exponían hechos notables, los misterios de su religión, sus observaciones astronómicas, astrológicas y cronológicas; de manera que si nos fueran conocidas todas sus pinturas, poseeríamos su historia por completo, pero desgraciadamente en la conquista se destruyeron tan preciosos archivos, y solo nos quedaron unas cuantas descripciones de algunas, y otras cuantas originales.

El doctor Eguiara, en el erudito prólogo a su Biblioteca mexicana, al hablar de la variedad de

pintores entre los antiguos pobladores, así se expresa: «Había entre las pinturas mexicanas almanaques llamados por ellos *tonalamatl*, en que constaban sus pronósticos sobre las mutaciones del tiempo. Una de estas pinturas trae el doctor Sigüenza en su «Ciclografía mexicana» de que hace mención en su obra titulada «Libra astronómica.» Otras contenían horóscopos de los niños en los cuales se representaban sus nombres, el día y signo de su nacimiento, y su ventura: de esta clase de pinturas habla Gerónimo Roman en su «República del mundo.» Otras eran dogmáticas que contenían el sistema de su religión. Otras históricas, otras jeroglíficas, etc. Es verdad, continúa el citado autor, que aquellas pinturas que se hacían para el uso común y familiar eran claras, y fácilmente se entendían por cualquiera, pero las que contenían arcanos de la religión, estaban llenas de jeroglíficos cuyo sentido no podía comprenderse por el vulgo.

Había diversidad en las pinturas, ya sea por los autores, así como por lo que miraba al modo de hacerlas, y al fin y uso de ellas. Las que se hacían para adorno de los palacios, eran perfectas; pero en otras que contenían un sentido arcano, se veían ciertos caracteres y algunas figuras monstruosas y horribles. Los pintores eran muchos, pero escribir caracteres, componer anuales, y tratar materias concernientes a la religión y a la política, eran empleos propios de los Sacerdotes.» Hasta aquí el doctor Eguiara.

El erudito Carmelita Nájera, en la introducción a una gramática del idioma tarasco, que au-

tógrafa e inédita posee el autor de estos apuntes, dice: «Se ha hablado mucho de las pinturas entre los mexicanos, los tarascos no dejaban de tener las suyas; pues entre ellos se encuentra el verbo *carani* escribir, que compuesto de la raíz *ra* da a entender que *escribir* es para la utilidad de otros.....Si por la perfección con que trabajaban la pluma en la formación de los mosaicos, hemos de juzgar de su civilización, sería necesario convenir en que eran los más civilizados de Anáhuac.»

Comunmente pintaban sobre cartones o pieles adobadas, telas de hielo de maguey, o de la palma llamada *icxotl*. Sus pliegos eran grandes y los conservaban enrollados. Los colores que empleaban eran vegetales, en su mayor parte de una brillantez hermosísima; pero su ignorancia en el dibujo y claro oscuro, por lo menos en lo que conocemos, daba por resultado que la representación de montes, ríos, edificios, animales, y sobretodo, la figura humana, eran deformes y sumamente desproporcionadas. A la verdad, dicha pintura nada tiene de común con la hoy conocida; y muy naturalmente se comprende que esto debió de ser así, porque además de que el sentimiento de lo bello, la ciencia estética no a todos los pueblos ha sido concedido en igual medida, hay que considerar, que las naciones que no conocieron la escritura fonética y tuvieron que emplear la jeroglífica y simbólica, echaban mano de representaciones naturales cuya exactitud descuidaban, y muy distantes del deseo de hacerse pintores, solo procuraban la destreza y espedición de un amanuense. Por lo mismo, el arte de la pintura en

México toma su origen de la venida de los Europeos. (I)

El primer documento antiguo que hace mérito del estado de la pintura en este suelo, es el que cita Dávila Padilla en su «Historia de la Provincia de Santiago de Predicadores», que es una carta del año de 1537 dirigida por el obispo de Tlaxcala al señor Paulo III, en ella le habla de las escuelas fundadas en los Conventos, que solían contener de trescientos a cuatrocientos indios, según la holgura de cada población, y al enumerar los ramos de enseñanza, cita la pintura y escultura. De esas escuelas, la más célebre fué fundada en la Capital por el ilustre lego franciscano Pedro de Gante, en la Capilla de San José, que él mismo construyó; y según se infiere de la «Crónica del Santo Evangelio,» de Vetancourt, el Padre Gante era quien dirigía esos ramos; muy en consonancia con la opinión de que disfrutó entre sus contemporáneos, que Valdez trasmite en aquella pomposa frase latina de que: *Nullius enim nescius erat.*» También hay el antecedente para que fuera así por haber sido el autor de una estatua en piedra que representa a la Virgen de los Remedios que se colocó en el convento grande de los Franciscanos. (II)

(I) Lo anterior debe entenderse solo respecto a los mexicanos; pues los mayas de Yucatán y los habitantes primitivos de Teotihuacán, sí ejecutaron verdaderas pinturas murales. En el palacio de los Tigres de Chichen-Itzá, se han descubierto algunas, que representan escenas de la vida maya. En Teotihuacán, además de varios frescos decorativos, se descubrió en 1886, uno que representa ceremonias religiosas. Los colores empleados en las pinturas de Chichén-Itzá, son: verde, amarillo, rojo, azul y un color rojízo oscuro para las carnes. Los frescos de Teotihuacán están pintados con azul verdoso, amarillo, rojo y sepia.

(II) Sobre los colores usados por los mexicanos vease Sahagún, Historia General de las Cosas de la Nueva España, L. X. cap. XXI.

No por esto es de creerse que la enseñanza de esas artes hubiera estado en aquella época bajo el pie a que después llegó, pues en sus principios debió concretarse a la copia de cuadros y esculturas que venían de Italia, Flandes y España, objetos que había necesidad de multiplicar en sus representaciones religiosas para expeditar el culto en la multitud de iglesias que se construían incesantemente, y con tanta más razón, por ser indispensables para el sistema catequístico de los primeros misioneros que se valían de figuras materiales para con más facilidad infundir los principios y enseñanzas cristianas, como se ve en el grabado que sirve de portada a la obra «Monarquía Indiana» del P. Torquemada, en que está un religioso Franciscano subido en el púlpito en medio de una gran muchedumbre, a quien por medio de un puntero bastante prolongado, indica las escenas religiosas pintadas en derredor del templo.

En la copia o reproducción fiel de los modelos, desde luego sobresalieron los alumnos mexicanos pues el Ilustrísimo señor don Fray Juan de Zumárraga, primer Arzobispo de México, prelado de feliz memoria y sumamente estimado de los Reyes Católicos por su doctrina, vida inmaculada, celo pastoral y apostólico, en su carta fechada en el año de 1531, y que dirige al capítulo general de franciscanos reunido en Tolosa, (1) así se expresa de los indios: «Son castos, y muy ingeniosos, principalmente para el arte de la pintura, etc.»

Torquemada en su «Monarquía Indiana,» dice: «que si bien en tiempo de la gentilidad los in-

(1) Está en Torquemada, tomo 3, página 456.

dios que no sabían hacer hombres hermosos, después que fueron cristianos, y vieron los cuadros que se traían de España, no había retablo o imágen por preciosa que fuera, que no la retrataran o contrahicieran.» Bernal Díaz del Castillo, compañero de Cortés, en su obra «Conquista de la Nueva España» con la sencillez que acostumbra se expresa así: «Los tres indios Andrés de Aquino, Juan de la Cruz y el Crespillo, pueden muy bien compararse con Berruguete y Micael Angelo.» De estos testimonios prudentemente podemos deducir que nuestros paisanos eran ya en esos primeros tiempos muy regulares copistas, y este fué el primer paso de la naciente escuela mexicana.

En España desde los siglos IX y X se cultivaba la pintura bizantina, y se le empleaba en adornar los muros y retablos de las iglesias, los oratorios de los grandes, y los lugares más concurridos del pueblo, según se expresa el elegante biógrafo de Murillo, señor Tubino, los asuntos de que se ocupaban eran puramente devotos, dando lugar preferente a la efigie de la Virgen María, y a los pasajes de su vida. La Madre del Redentor era objeto de un culto apasionado de parte de un pueblo que había elevado a la mujer a grande altura en la escala de las consideraciones y de los afectos.

De aquí el que en ninguna parte se haya pintado como en la Península, el rostro de la Virgen con tanta idealidad cristiana, su dolor de una manera tan patética, su desolación con precisión más conmovedora. Allí el arte era el discípulo amado de la religión, y su estrecha alianza con el Cristianismo se observa hasta en sus más pequeños de-

talles. El pintor como Vicente Joanes se prepara al trabajo por medio de la oración, el ayuno y la comunión; otros, como Luis Vargas, se macera el cuerpo para moderar los instintos de la carne, y elevar el espíritu a las puras regiones del idealismo. Monges, como Cespedes, Reveles y Alonso Cano, alian el pincel a la vida contemplativa. La representación de las carnes desnudas es altamente reprobada, y Fray Juan de Ayala, como órgano de esa opinión, publica una obra en que consigna con severa erudición, las reglas a que debe someterse el pintor cristiano. (1)

Este carácter de belleza e idealismo cristiano se ostentaba también en las otras naciones europeas. La Alemania en su escuela del bajo Rhin tan mística y pura que sabía juntar al brillante colorido, la inocencia en la expresión. La Francia con el uso general de sus vidrieras de colores que derramaban luz nueva y misteriosa en las ceremonias del culto; y con sus admirables miniaturas del *Misal* de S. Luis y *Milagros* de la Virgen ejecutados por Gauthier de Coinoy, y conservados en la Biblioteca real. La Italia anunciando con Giunta de Pisa y Guido de Siena aquella pintura inspirada y grave que muy luego debía tomar ensanche con Cimabue y Giotto para llegar hasta el cielo con el bienaventurado Angélico, Monge de Fiesoli. Nápoles con Tomás Stephani y Nicolás Masaccio. Allí contigua la escuela misteriosa de Umbria que alcanzó los ápices de la perfección cristiana con el

(1) Esta obra bastante rara y muy recomendada por Benedicto XIV en su tratado *De Canonizatione Sanctorum* la tiene el autor de estos apuntes y con gusto la prestará a sus artistas paisanos siempre que deseen consultar el modo de desempeñar algún asunto religioso que les sea desconocido.

Perugino y Rafael antes de su caída. Por último, a esta época, y a la escuela formada en el siglo XIII por las íntimas relaciones del arte con la fe, pertenecen también Antonio de Messina, inventor de la pintura al aceite, (III) Donatello, Alberto, Verochio, maestro de Leonardo de Vinci y de Perugino, Bramante, Miguel Angel y Rafael, no obstante que estos últimos artistas florecieron en el siglo XVI, sus principios, y el fundamento de las glorias que adquirieron, datan de aquella escuela; pues Rafael tomó su estilo encantador y gracioso de la lectura del Petrarca; y Miguel Angel el suyo vigoroso de la del Dante. Títulos de gloria son estos que adornan a esos siglos cristianos, que después de haber inventado la pólvora, la brújula y la imprenta, llevaron a las ciencias teológicas y filosóficas al más alto grado, y crearon un arte exclusivamente cristiano, cuya sublimidad estética nadie podrá disputarle; originalidad de que carecen los siglos posteriores, que por más que se llaman sabios, llenos de civilización y de progreso, fuera de sus adelantos en el orden material, en los demás no han hecho sino constituirse serviles imitadores del mundo pagano.

La formidable cimitarra de Mahomet II, al castigar, sin entenderlo, la infidelidad del imperio de Oriente, diseminaba por todas partes el elemento griego que caía sobre la Europa como ardiente

(III) Antonello de Mesina, no fué el inventor de la pintura al óleo; sino su introductor en Italia. Se cree que quienes inventaron ese procedimiento fueron Humberto y Juan Van Eyck, originarios de Brujas en Flandes; aunque tuvieron predecesores, como puede verse en los tratados de Pintura de Heráclio, siglo X, y de Teófilo, siglo XII. En Flandes fué donde Antonello de Mesina aprendió a pintar al óleo. Este descubrimiento debe haberse hecho por los años de 1410 a 1420; pero no fué conocido en Italia, sino hasta 1460 aproximadamente.

lava, consumiendo unas instituciones que el desgraciado cisma de Occidente había hecho odiosas, y que sólo se esperaba la primera oportunidad para sacudir su yugo.

Los efectos de tan súbita trasformación, tocaban a todo su desarrollo en los mismos momentos de la conquista del mundo de Colón, y concretándonos a nuestro asunto, Alonso Berruguete discípulo de Miguel Angel, imbuído en las doctrinas greco-romanas respecto del arte, llega a España. Siguiendo sus pasos se presentan Gaspar Becerra, pintor, escultor y arquitecto que también había estudiado en Italia; el mudo Navarrete, Francisco Rivalta; Pedro de Villegas, el catalán Mignot, Velásquez, Pablo de Céspedes, Alonso Cano, Pacheco, Herrera y otros muchos que se preciaban de haber recorrido el espléndido ciclo de la Reforma

El Renacimiento, o mejor dicho, la resurrección del paganismo, si al invadir la Italia produjo algunas mejoras para el arte, mayores fueron los inconvenientes que crió, porque además de haber contenido el desarrollo de la pintura según el genio y tendencias de cada pueblo, con su tinte enteramente clásico, sojuzgó las inteligencias, y desviada de toda idea cristiana, deificó la carne con mengua del espíritu, y produjo las obras desenvueltas del Vaticano, la funesta preponderancia de las desnudeces que se ven en los cuadros italianos; y por fin produjo el realismo del género que se llama *bambochada* que toma sus modelos en los burdeles o posadas.

A pesar de que la España por su educación secular era un fuerte obstáculo para contener ta-

les tendencias, la fuerza del ejemplo, y los aplausos generales con que el mundo acogía aquella reforma invasora, era muy de temerse que los principios más firmes vacilaran, si la Providencia no los sostenía con uno de tantos recursos que tiene a su disposición, como esta vez lo ostentó de una manera espléndida creando en Murillo un genio capaz de sobreponerse a semejante influencia; lo mismo hizo en Italia con Fray Bartolomé y el Beato Angélico, atletas que lucharon a brazo partido, y que inmortales victorias coronaron sus esfuerzos.

El período crítico de la escuela sevillana fué en los primeros años del siglo XVII. El prestigio de los que habían estudiado en Italia, y la enseñanza viva de los pintores del Norte se disputaban el terreno. Este antagonismo provechoso bajo cierto punto de vista, bajo otro perjudicaba a la unidad de la escuela, le quitaba su índole y aspiraciones propias, y más que todo, en la lucha era de temerse, el triunfo completo de la manía greco-romana. Aparece Murillo con toda la fuerza del genio, y sin apercibirse de ello, combate el idealismo sensual dando vida al realismo idealista. En vez de inspirarse en la atmósfera intelectual que le rodea, huye de ella y desciende hasta las filas del pueblo donde aún se conservaba en toda su lozanía el espíritu tradicional de una nación que había vencido al islamita. Murillo se recoge en la soledad del claustro, y al través de los tiempos contempla la beatitud de los primeros cristianos, adivina el rostro de los bienaventurados, y pinta con su pincel esa misma beatitud y esa gloria, co-

mo ni antes ni después de él ha sido pintado por mano alguna. Por eso Murillo no tiene rival en la expresión que da a sus vírgenes; es la expresión de la abogada de los pecadores que se arrepienten de sus culpas; es la pureza inmaculada de la Reina de los Angeles; es la sublimidad de la Madre de Dios hasta donde es posible a una miserable criatura poderla representar. Y como dice un autor francés, «de los naranjos y laurel rosa de la Andalucía, estrajo los perfumes y los depositó en los ojos de sus vírgenes, para hacerlos destilar después en sus miradas». Murillo en sus lienzos nos dejó la teología de la belleza, y con justicia se le puede llamar el pintor del cielo.

Sigue el señor Tubino, y se pregunta lo que es el realismo idealista creado por Murillo. El realismo en el arte es la imitación genuina de la naturaleza tal como se presenta a los ojos del artista, con sus bellezas e imperfecciones en toda su rotundidez, sin ningún género de conveniencias que la modifiquen. Concebido así el realismo podría llevar a lo grosero y defectuoso, como le sucedió a la mayor parte de los pintores de género, holandeses y flamencos. En la escuela Sevillana sostenida por Murillo, el realismo no era materialista sino idealista: es decir, que Murillo copiando la materia no olvidaba el espíritu; eligiendo para modelo de sus Vírgenes el rostro de las mujeres meridionales, con sus rasgados y negros ojos, con su cutis moreno y con sus formas mórbidas y sensuales, ponía tanta idealidad sublime en la mirada, tanta dignidad en las actitudes, tanto recogimiento en la expresión, que concluía

por santificar aquellos mismos tipos que en otras manos hubieran sido ocasión de peligrosos extravíos. Los ojos convertidos hacia el suelo hubieran hablado a la pasión mundana; levantados hacia el infinito, parecía como que se desprendían de su envoltura material para espiritualizarse.

Sevilla, que durante algunos siglos no se había cansado de producir grandes pintores, viene por último a ser coronada con Murillo. Morales, llamado el divino, a causa de la piedad y el éxtasis que expresan sus cuadros, se desarrollaba independientemente, mientras que Murillo fundaba una numerosa escuela. Se ve también brillar a Cano, igualmente grande en las tres artes del dibujo, y cuyo colorido mágico, rival de Velázquez, lo ha hecho ser denominado el Guido de la España. Sus obras son innumerables. El célebre y sabio Pacheco, los dos Ribalta, Juan Guzmán de Córdova, llamado del Santo Sacramento. Palomino, Vasauri castellano, pertenecen a la decadencia que al fin produjo el grosero realismo.

La brillante pluma de Severo Catalina con las siguientes palabras hace la pintura de la escuela que nos ocupa: «El sentimiento religioso, fuente de inspiración en aquellas almas privilegiadas, tenía más encanto y mâs vigor estético que la desnudez inverecunda de los griegos, y que el materialismo corruptor de los romanos. Las Vírgenes de Murillo son prodigios de hermosura sobre fondos de pureza: los Santos de Zurbarán infunden devoción; ante el Cristo de Velázquez se inclina la frente y se doblan las rodillas. Los artistas cristianos oraban y enseñaban a orar con

los pinceles y con el cincel. La invasión pagana del siglo XVI enturbia las fuentes del arte y del buen gusto: la invasión racionalista del siglo XIX las ha secado.»

Ese espíritu religioso y de elevado misticismo que desde sus principios animó al arte español, fué tomando creces y favorecido en sus desarrollos por Fernando el Católico y Carlos V, en Felipe IV llegó a todo su apogeo a inspiraciones del sublime genio de Esteban Murillo. La escuela Sevillana iniciada por los Fernández, Campaña, Arnao, Luis Vázquez, Francisco Herrera y otros, fué por último el lugar donde se verificó el apoteosis del arte, donde tomó aquél carácter preciso y enteramente nacional que lo distingue. La brillante aureola que la coronaba, irradió hasta el Nuevo Mundo, y descubrió para sus pobladores los primeros rasgos de la belleza y sentimiento en el arte. La escuela mexicana se formó bajo tales auspicios, y si jamás tendremos la necia pretensión de equipararla a una tan ilustre madre, no por esto dejaremos de enorgullecernos al verla ostentar preciosas dotes que revelan su encumbrado origen, y al descubrir en su análisis cualidades que le son propias. Para garantizar la imparcialidad de nuestras apreciaciones, citaremos dichos y hechos extraños que nos favorecen. El Padre Alzate en la «Gaceta literaria» que publicaba en México, el 23 de Mayo de 1795 decía: «Se sabe el estado floreciente en que se halló el arte de la pintura en Nueva España: grande prueba de ello es el aprecio con que se estiman en Europa las pinturas que se han remitido de varios artistas que florecieron el siglo pasado, y aun en

el presente». Después sigue hablando el mismo autor de los signos precisos que distinguen a las obras mexicanas de las extranjeras, en caso que no estén firmadas por el autor; para evitar que se niegue a la nación, la gloria de haber producido algunos cuadros notables, como ha sucedido muchas veces. El viajero piamontés Beltrami, que recorrió estas regiones por los años de 1824 y 25, en sus cartas de viaje que publicó, no vacila en comparar nuestra escuela a las mejores de Europa, y a sus artistas, con otros notables del Antiguo Mundo, como lo iremos notando en el curso de estos apuntes. El distinguido artista Catalán, don Peregrín Clavé, citado por don Bernardo Couto en su Diálogo de Visita a la Academia de San Carlos, pone en boca suya estas palabras. «La prenda que generalmente caracteriza a toda esta escuela, es la suavidad y blandura que parece inspirada por el dulce ambiente que se respira en nuestro país; que tan bien copia la índole de sus habitantes». Este mismo artista por muchos años reputó ser de Sebastián Arteaga, pintor mexicano, un cuadro perteneciente a la Academia de San Carlos, y que representa a Jesucristo en el Castillo de Emaus, y después por una casualidad se descubrió la firma de Zurbarán. Recomienda también nuestra pintura, la avidez con que los oficiales franceses más ilustrados procuraban extraer de los conventos, cuando la invasión francesa, los cuadros que allí se encontraban, como desgraciadamente lo consiguieron, especialmente en la ciudad de Puebla. Yo por mi parte, y según mi humilde juicio añadiré, que el pensamiento que en lo general revelan las

producciones de nuestros artistas, es el de adunarse con los ilustres misioneros que nos trajeron la luz del Evangelio, haciendo amables por medio del arte, los principios que aquellos inculcaban por la doctrina; revelándose en la última de dichas obras, un perfecto y erudito conocimiento de la historia sagrada y legendaria, el más tierno misticismo en su reproducción, la piedad y el éxtasis como perfumes desprendidos por creencias profundas, con que trataban de embalsamar los vírgenes campos que pisaban; y hasta cuando se ocupaban de asuntos profanos y aun mitológicos, dejan percibir el sabor de las virtudes cristianas, sin permitirse el más mínimo desliz que pudiera herir la susceptibilidad púdica de un inocente niño. Así es que, cuando se contemplan tales lienzos, el espectador se cree trasportado a la sociedad de nuestros abuelos, y disfruta de la paz, bienestar y dulzura de generaciones, cuyo único elemento de vida era Dios y el hogar. Composiciones vastas y bien coordinadas; suavidad de tintes, ternura y bellos contrastes en el colorido, un buen modelado, especialmente desde el cambio que introdujo Rodríguez Xuárez; y por último, una fecundidad tan prodigiosa, que revela gran soltura en la ejecución, como tendremos ocasión de admirarlo en algunos de los artistas que vamos a citar.

En medio de tan bellas prendas, suele notarse cierto descuido en el dibujo de algunos accesorios, entonación monótona en los fondos de perspectiva, uniformidad de clase en los lienzos que visten a sus figuras; pero estos defectos de que no todos

los autores mexicanos adolecen generalmente, los creo muy disculpables, atendida la época, y la falta de buenos modelos; pues hasta la fecha son muy pocos los originales europeos que poseemos en el país, aunque con el gran recurso de las muy buenas copias fotográficas de que carecieron nuestros antepasados, a cuyas manos solo llegaban algunos grabados, y no siempre de lo mejor. Pero en todo caso será de elogiarse y llamar la atención, el número de artistas que florecieron en los 300 años de la denominación española, pues no bajan de 150 sin que ninguno careciera absolutamente de mérito, cinco o seis de ellos lo tuvieron indisputable, y todos formados en solo México y Puebla, únicas ciudades que fundaron escuelas. En suma, dígase lo que se quiera, no es posible negar a nuestra escuela aquella expresión suave, piadosa y bien entendida, que agrada y conmueve mucho más, que los grandes primores del arte que desconoce esas cualidades.

Ojalá que nuestra generación actual de artistas no se desvíe del camino trazado por nuestros mayores, y que mejor instruídos por los progresos del tiempo, sepan aprovecharlos, y no arrastrar el arte por el cieno del paganismo que solo trata de embellecer las formas para sorprender la vista y halagar las pasiones, convirtiendo en verdadera Mesalina a la pudorosa hija del cielo, que se inspira en las regiones del espíritu, para hablar el lenguaje del espíritu; exige la inteligencia como su mejor auxiliar, y por eso se llama bella y noble; no se satisface con la exactitud plástica de una cámara de fotografía, sino que quiere las inspira-

ciones del genio, y la espiritualidad del pensamiento.

Al formar estos apuntes, advertiré, que me valí de la «Monarquía indiana» de Torquemada; de Clavijero en su «Historia antigua de México;» de Vetancourt en su «Crónica del Santo Evangelio.» Y para completar la serie de pintores pertenecientes a nuestra antigua escuela, consulté «El Diálogo» del señor Couto, los «Apuntes» del señor Olivares Iriarte que se ocupó de los artistas poblanos; las cartas del viajero Beltrami, el Diccionario de Historia y Geografía, publicado en México; y por último recogí cuanto pude encontrarme suelto, relativo a mi asunto. Mi trabajo, pues, no tiene más mérito que el de una perfecta compilación, con que no me propongo otro fin que presentar en un solo cuadro a notables artistas que nos pertenecen por la comunidad de patria, e inspirar, en cuanto lo permiten mis fuerzas, el gusto por un arte que es de los más preciosos adornos con que debe engalanarse toda nación que se precie de culta.

Rodrigo de Cifuentes.—Hernán Cortés, dando gracias a San Hipólito por la Conquista de México.—Museo Nacional.

(Fotografía de Antonio Cortés.)

SIGLO XVI

Rodrigo de Cifuentes, pintor que vino a México el año de 1523, su única notabilidad consiste en haber sido el primero de su arte que pisó el Nuevo Mundo, pues era demasiado atrasado. Se dedicó exclusivamente a los retratos, género que le produjo cuantiosas sumas, y que muy pronto disipó en el juego. Retrató a doña Marina, a F. Martín de Valencia, al Conde de Tendilla, a Nuño de Guzmán, Hernan Cortés y a otros varios; cuyos cuadros desaparecieron con el transcurso del tiempo, y solo se conservó por muchos años en el convento de Franciscanos de Tlaxcala, un retablo que representaba el bautismo de Maxicatzin, figurando allí doña Marina. El señor Couto pone en duda los datos relativos a este pintor, por no encontrarlos referidos por ninguno de nuestros historiadores, pero no se atreve a negarlos, fundado en la buena fe del conde de la Cortina que los refiere como tomados de un manuscrito del erudito Padre Pichardo. Según el citado señor Couto, consultando fuentes más seguras y conocidas, el primer

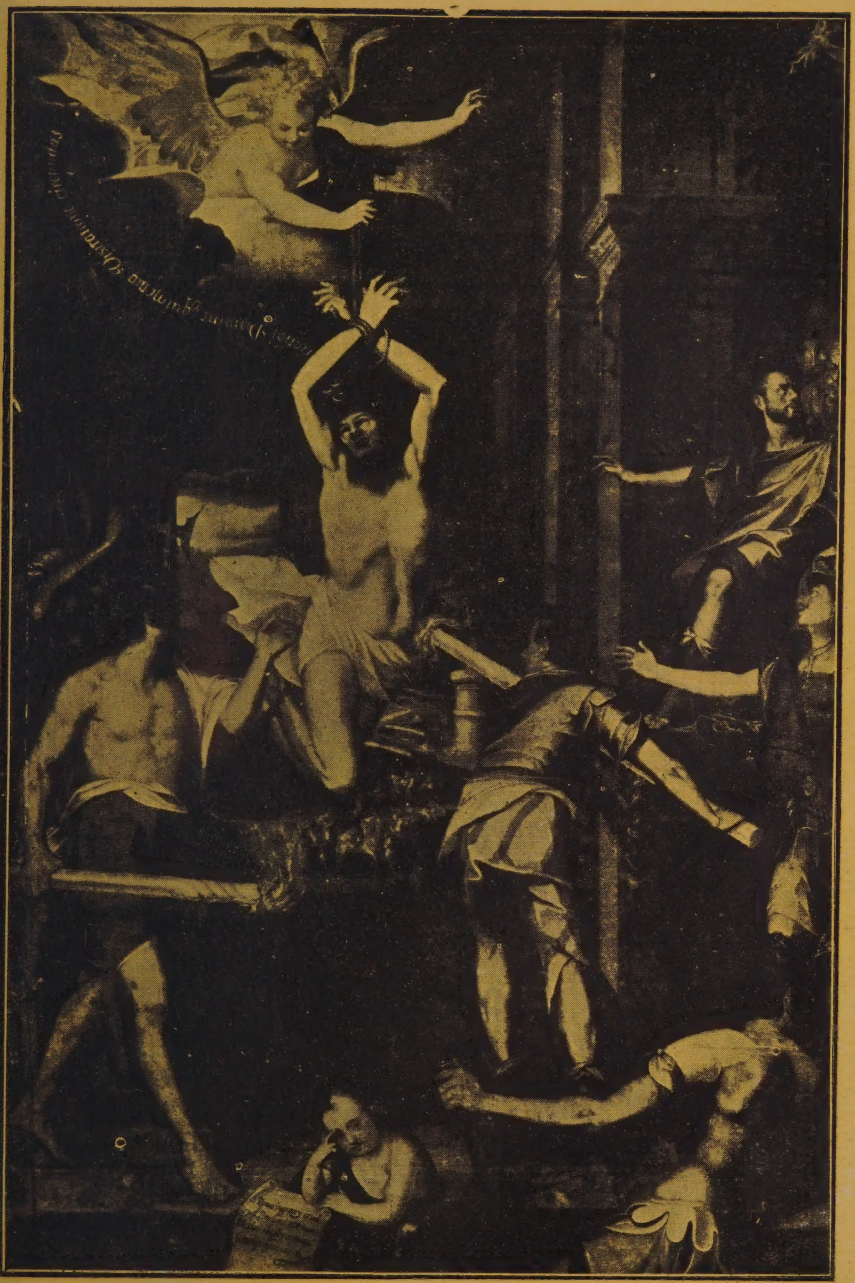
maestro español que vino a estas regiones fué el insigne artista Alonso Vázquez, de que habla nuestro pintor Ibarra, citado por el de su misma clase Miguel Cabrera, en su obra «Maravilla americana,» que dice: fué el primero que *introdujo la buena doctrina*; don Carlos de Sigüenza y Góngora asegura: «que las pinturas que adornaban la capilla de la Universidad de México eran de manos del excelentísimo pintor Alonso Vázquez que con ellas obsequió al Marqués de Montes Claros, y que fueron su última producción, fechadas en el año de 1603. Estos cuadros desaparecieron, lo mismo los de un tal Rua, Juan de la Cruz y el Crespillo, primeros discípulos mexicanos muy encomiados de sus contemporáneos, como vimos en la introducción al citar a Bernal Díaz.

Según esto, ya en el siglo de que nos ocupamos hubo pintores notables en México, quienes sentaron las primeras bases del arte, que en el siguiente, lleno de vigor y lozanía se presenta en manos de Baltazar Echave. (IV)

(IV) Por los estudios de don Luis González Obregón, conocemos los nombres de dos pintores del siglo XVI, que vivían en México por el año de 1568. Fueron estos Simón Pereins, flamenco, pintor principalmente de retratos y Francisco de Morales. Puede verse en «México Viejo» el curioso proceso que siguió la Inquisición contra de el primeramente citado En cuanto a Alonso, que fué uno de los mejores discípulos del célebre pintor sevillano Luis de Vargas, como puede verse en Lefort «La Peinture Espagnole», en la descripción del Palacio Virreynal, hecha por el doctor Isidro Sariñana en 1666, encontramos los siguientes datos: «De esta hermosa obra se compone el ámbito o guarnición de un lienzo de pintura, que tiene ocho varas de largo y cuatro y media de ancho. En él (en atención a que cuando se colocó era digna consorte del Católico Rey de España, don Felipe Tercero el Piadoso, la más preciosa Margarita de Austria) está pintado el martirio de Santa Margarita, de mano de Alonso Vázquez, natural de Sevilla, cuya destreza compitió a la de Michael Angel, en los dibujos; y a la del Ticiano, en los colores; cuyo pincel es cierto que si no fué el primero, no fué segundo a los del Mudo, Becerra y Monnegro; pintores españoles coetáneos suyos, que por excelentes merecieron la elección del Rey don Felipe el Prudente, para las pinturas del Escorial, dicha de que le privó el estar en otro mundo. Sus obras para mayor aprecio, fueron pocas sobre grandes. En esta

Detalles de la decoración al fresco del Convento de San Agustín de Acolman, siglo XVI.

(Fotografía de la Dirección de Antropología.)



Escuela Nacional de Bellas Artes.—Baltasar de Echave (el viejo).
Martirio de San Ponciano.

SIGLO XVII

Baltazar Chávez, según otros *Echave*, llamado el primero, porque hubo otro de su mismo nombre y apellido, de origen español y formado en nuestra escuela. Del primero son los cua-

descubrió los primores de su inteligencia, dejando en ella vencidas las mayores dificultades de la pintura en las variadas sombras, desnudos y escorzos.»

Lo dicho nos hace ver que hubo en México ya en el siglo XVI, pintores notables, y presumir que por conducto de Alonso Vázquez, se comunicaron a nuestros pintores las tendencias y colorido de la escuela sevillana, esto sin contar con las pinturas de otros maestros de la misma escuela, que venian en las flotas, aún del mismo Murillo como ahora está perfectamente probado. Esto explicaría el cambio sufrido de su manera de pintar, de Juan Rodríguez Juárez, por el cual su colorido se hizo más brillante, siendo luego seguido por otros pintores mexicanos que vinieron después que él.

De Alonso Vázquez se conserva una Asunción en la Escuela de Bellas Artes.

Por lo que se refiere a pinturas del siglo XVI, es probable que pertenezcan a esa epoca: el retrato de Hernán Cortés y los de los primeros virreyes de las galerías existentes en el Museo Nacional y en el Palacio del Ayuntamiento de la ciudad de México; pues aun cuando dichos retratos no están firmados, y el señor Couto en su «Diálogo sobre la Historia de la Pintura en México» duda que se hicieran aquí y se tomaran de los originales; tal duda se desvanece con la consideración de que ya por entonces había en México pintores notables y con la más importante de que en la descripción del Palacio Virreynal de Sariñana, que antes hemos citado, aparece que en la Sala del Real Acuerdo,se encontraban los retratos del conquistador Cortés y de veintitrés virreyes, por lo que puede creerse que esos retratos son, o bien los del Museo o los del Ayuntamiento y probablemente obras de artistas del siglo XVI hechas en México. Además debe tenerse se cuenta que las variedades de fisonomías, trajes y actitudes que se notan en estos retratos, no hacen probable la hipótesis de que fueran pintados de memoria. Quizá lo mismo pudiera decirse de los de los primeros arzobispos de México, que forman parte de la galería existente en la Catedral; pero para afirmarlo con certidumbre sería preciso hacer un estudio detallado de tales pinturas.

Otras existen de las que puede afirmarse, sin lugar a duda, que fueron ejecutadas en el siglo XVI. como son: el cuadro existente en el Museo Nacional, que representa a Hernán Cortés arrodillado ante San Hipólito, obra de Rodrigo de Cifuentes, y los importantísimos frescos del convento de Agustinos de Acolman, recientemente descubiertos. Asimismo se conserva memoria de algunas otras pinturas, hoy desaparecidas,pertenecientes a dicho siglo y al siguiente, y así Fray Servando de Teresa y Mier, dice: «En el general de Santo Domingo que está chorreando agua, se conserva el retrato del Venerable Betanzos, fundador de la Provincia, y del primer novicio que hubo, en el capítulo está la vida de Santo Domingo; y en el colateral o retablo mayor de la iglesia, todas las pinturas son del que llamaron divino Herrera en el siglo XVII. «(Carta V al cronista Muñoz cn Hernández y Dávalos, tomo III, página 205.)

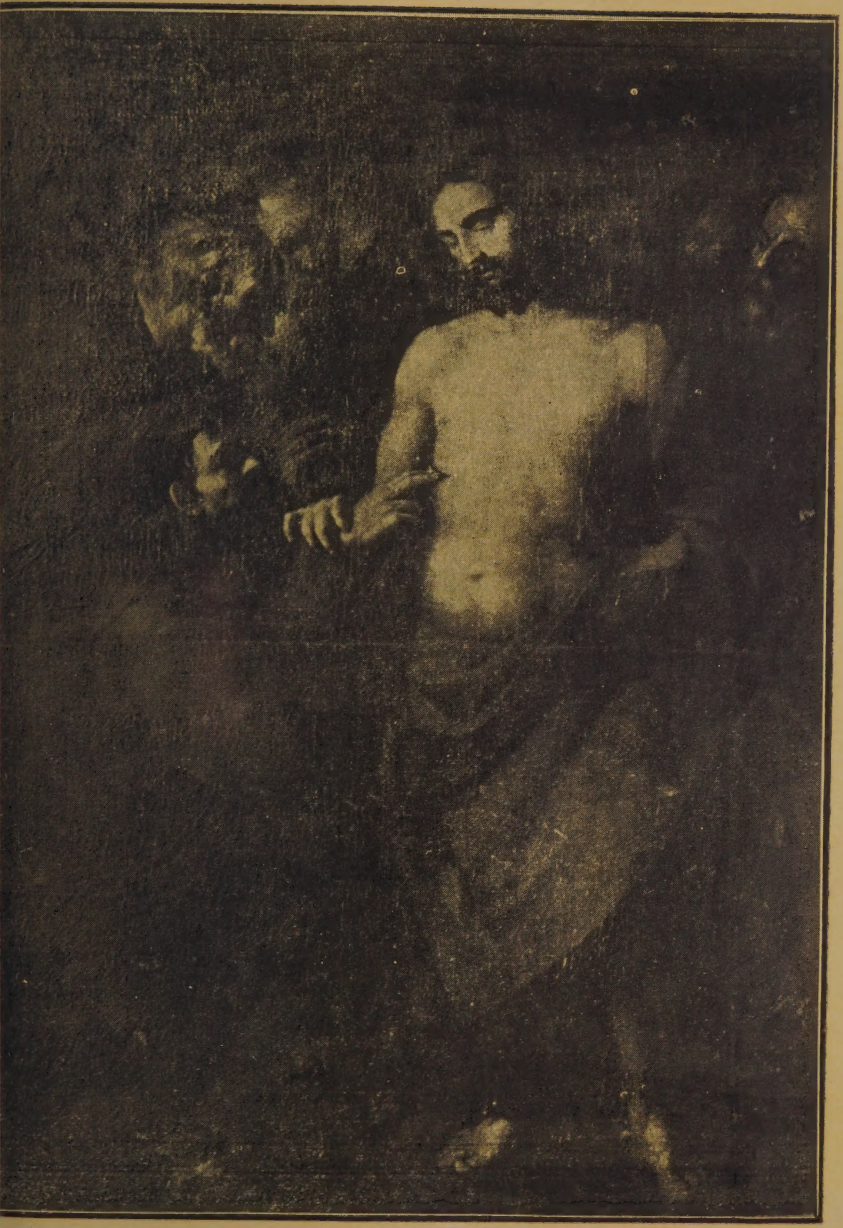
Betanzos -

dros que hay en la Profesa (1) que revelan rasgos dignos del Guercino. El Padre Torquemada habla de este artista como autor de las pinturas que adornaban los colaterales de la iglesia de Franciscanos; en cuyo convento ejecutó también un cuadro alegórico de las tres órdenes seráficas, que cubría el antecoro. En la Academia de San Carlos se conservan con mucho aprecio varias obras de este autor, entre otras: La Visitación; Aparición de Jesucristo, y la Virgen a San Francisco; Adoración de los Magos, y una Oración del Huerto, que Clavé comparaba a las mejores del pintor alemán Overbeck. Una tradición asegura que su esposa, que era la Sumaya, profesó el mismo arte, y que fué maestra de su esposo. De su habilidad queda una brillante prueba en un cuadrito de San Sebastián que forma el remate del altar del Perdón en la Catedral. Echave fué filólogo y escritor. Hasta la mitad de este siglo se ven cuadros fechados por él. Clavé lo reputaba por algunos rasgos de su estilo, discípulo del famoso valenciano Vicente Joanes. (V)

Luis Xuares, el primero de los cuatro

(1) Estando en la capital de México la mayor parte de las obras de nuestros artistas, cuando solo cito iglesia, convento u otro edificio público sin hablar de la ciudad de su ubicación, se entiende la Capital.

(V) Se considera como fundador de la escuela valenciana a Juan de Joanes, nacido en 1523 y muerto en 1579. El verdadero nombre de este pintor, era Vicente Juan Mancip; pero latinizando su segundo nombre lo convirtió en apellido. Fué discípulo de la escuela romana; pues según se asegura estudió en Roma, bajo la dirección de los discípulos de Rafael. Viardot dice que sus obras tienen pureza de dibujo, belleza de formas y la energía de expresión que distingue a dicha escuela. Su perspectiva es exacta y su colorido si no deslumbrador, si es brillante, dorado, luminoso y sólido. Las obras de éste pintor son casi desconocidas fuera de España. En México existieron dos cuadros de dicho pintor, uno en la colección de Fagoaga y otro en la de García Rubín, además por los años de 1904 estuvo a la venta una *Resurrección* también atribuída a dicho pintor.



Escuela Nacional de Bellas Artes. México.—Sebastián de Arteaga.
Santo Tomás tocando el costado de Cristo.

ela Nacional de Bellas Artes.—Sebastián de Arteaga.—Los Desposorios de la Virgen

pintores de este apellido. Nació en el último tercio del siglo. Sigüenza lo califica por la inimitable suavidad de su pincel como *excelente artista y uno de los mejores de aqueste siglo.* La Academia de San Carlos posee muchas de sus obras, las principales son: Aparición del Niño Jesús a San Antonio, Presentación de la Virgen, Leyenda de los Desposorios del Niño Jesús con Santa Catarina, La Oración del Huerto y otras. Couto y Vilar, con justicia reputan a este autor de relevante mérito, y con avidez buscaban sus cuadros para enriquecer la galería de San Carlos.

José Xuares, segundo de este apellido, trabajó por el mismo tiempo que el anterior, y a él pertenece una muy bonita Visión celestial de San Francisco, que está en San Carlos.

Sebastián Arteaga, que equivocadamente el viajero Beltrami juzgó ser el primero que trajo el arte a este país. Sus obras más conocidas son: Un Cristo en la Sacristía de la Colegiata, fechada en 1643. La Visitación en Santa Teresa la antigua, y los Desposorios, conservados como una joya preciosa por la Academia de San Carlos. Tuvo el cargo de Notario de la Inquisición.

Licenciado Bernabé Arenas. Nació en México y murió en la misma ciudad el año de 1683. Ejecutó muy regulares cuadros, y yo poseo de este autor un San José de tamaño natural.

José Ibarra, originario de la Capital. Alcanzó a Cabrera en sus últimos años. Se distinguió por su buen gusto en la composición, y una belleza de colorido que se sobrepone a la acción del tiempo por cuyas dotes es reputado como uno

de nuestros mejores artistas. Sus mejores obras están en la iglesia de Belemitas, y de Santa Inés en Puebla. El que esto escribe tiene un cuadrito de dicho autor, en lámina de bronce y que representa a San Antonio recibiendo al Niño Jesús. Otros tiene el Liceo de Varones de esta capital. Ibarra siguió a velas plenas las mejoras introducidas en el arte por Juan R. Xuares, y con feliz éxito. (VI)

Juan Herrera, llamado el divino por sus contemporâneos. Sus producciones más notables existen en la iglesia de Jesús María, que bien acreditan el epíteto. En el altar principal de reliquias de la Catedral hay doce cuadritos suscritos por su nombre, muy bien acabados y de excelente gusto. Tengo de este pintor un Santo Tomás de Aquino.

Juan Rodríguez Xuares, nació en México en 1625, fué hermano de Nicolás, ambos sobrinos de José Xuares. Juan sobresalió al grado

(VI) Ibarra fué uno de nuestros pintores más fecundos y se encuentran obras suyas en muchos lugares del país, especialmente imágenes de San José. El cuadro de San Antonio a que se refiere el autor y que conocí en poder del licenciado Luis Villa Gordoa, hijo suyo, es una de las bellas obras de Ibarra a pesar de ser de muy pequeñas dimensiones, por su buena composición, correcto dibujo y brillante colorido, así como por la delicadeza con que está tocado. Otra hermosa obra de Ibarra, casi desconocida, es un cuadro votivo, existente en el convento de Guadalupe, de Zacatecas, que representa a un corregidor de dicha ciudad y a su esposa arrodillados a los pies de San José. La naturalidad de expresión de los donantes y la maestría con que están pintados los ricos trajes de la época, hacen esta pintura muy estimable y nos presentan a Ibarra como un buen pintor de retratos. Obra suya son también los de los virreyes Vizarrón, Castro y Figueroa, y conde de Fuenclara, que se hallan en el Museo Nacional; pero ciertamente que no acreditan al artista.

Ibarra nació en Guadalajara, y no en México como lo han asegurado sus biógrafos, según puede verse en un folleto titulado: «Acción gratulatoria que el doctor don Lucas de las Casas Mota y Flores, Canónigo Doctoral de la Santa Iglesia Catedral de Guadalajara, envía de oficio al Reverendo Padre Fray Pedro Antonio Buzeta en 15 de enero de 1742.» En ese folleto hay unos versos, muy pedestres, con el siguiente título: «Don Joseph de Ibarra, Profesor del Nobilísimo Arte de la Pintura en esta ciudad, y originario de la de Guadalajara, retoca estas quejas, que articuló allí una y otra Agua: la que entró en la Cárcel de Corte el día 11 de junio de 1740.»

Escuela Nacional de Bellas Artes.—José de Ibarra.—La Mujer Adúltera

de llamársele el Apeles mexicano. Son obras suyas un San Juan de Dios que existe en la Academia de San Carlos, y Jesucristo en el Castillo de Emaus, que por mucho tiempo, como dijimos, (1) se reputó suyo y después resultó ser de Zurbarán; también están allí dos bocetos de los cuadros de la Asunción y Epifanía del altar de los Reyes de la Catedral; dos grandes composiciones en la puerta del costado de la iglesia de San Agustín, que uno representa a San Cristóbal, y el otro la Visión de Santa Gertrudis, reputados por los inteligentes como de igual mérito al de los mejores que hasta entonces se habían ejecutado en el país.

En el colegio de Guadalupe de Zacatecas conocí un San Cristóbal de este autor de tamaño colosal, como se acostumbra representarlo, y en medio de la brillantez, pureza de tintes y excelente modelado, presenta la singularidad de que en cierto punto de vista aparecen cambiados los pies, es decir, el derecho en la pierna izquierda, y viceversa: y variando de punto, la visión de óptica desaparece, y se encuentra el dibujo ejecutado con la conveniente exactitud. No sé si esto es un resultado de la luz que recibe el cuadro, o el autor quiso ostentar una especie de prestidigitación de sombras, digna de ser admirada. En el colegio de Tepotzotlan hay una colección de la Vida de la Virgen, ejecutada por este autor.

Dos tonos distintos se observan en este maestro, correspondientes a dos épocas de su vida artística. En la primera acostumbró el mismo colo-

(1) Por equivocación puse a Juárez como reputado autor del dicho cuadro; a quien se le atribuyó, fué a Sebastián Arteaga

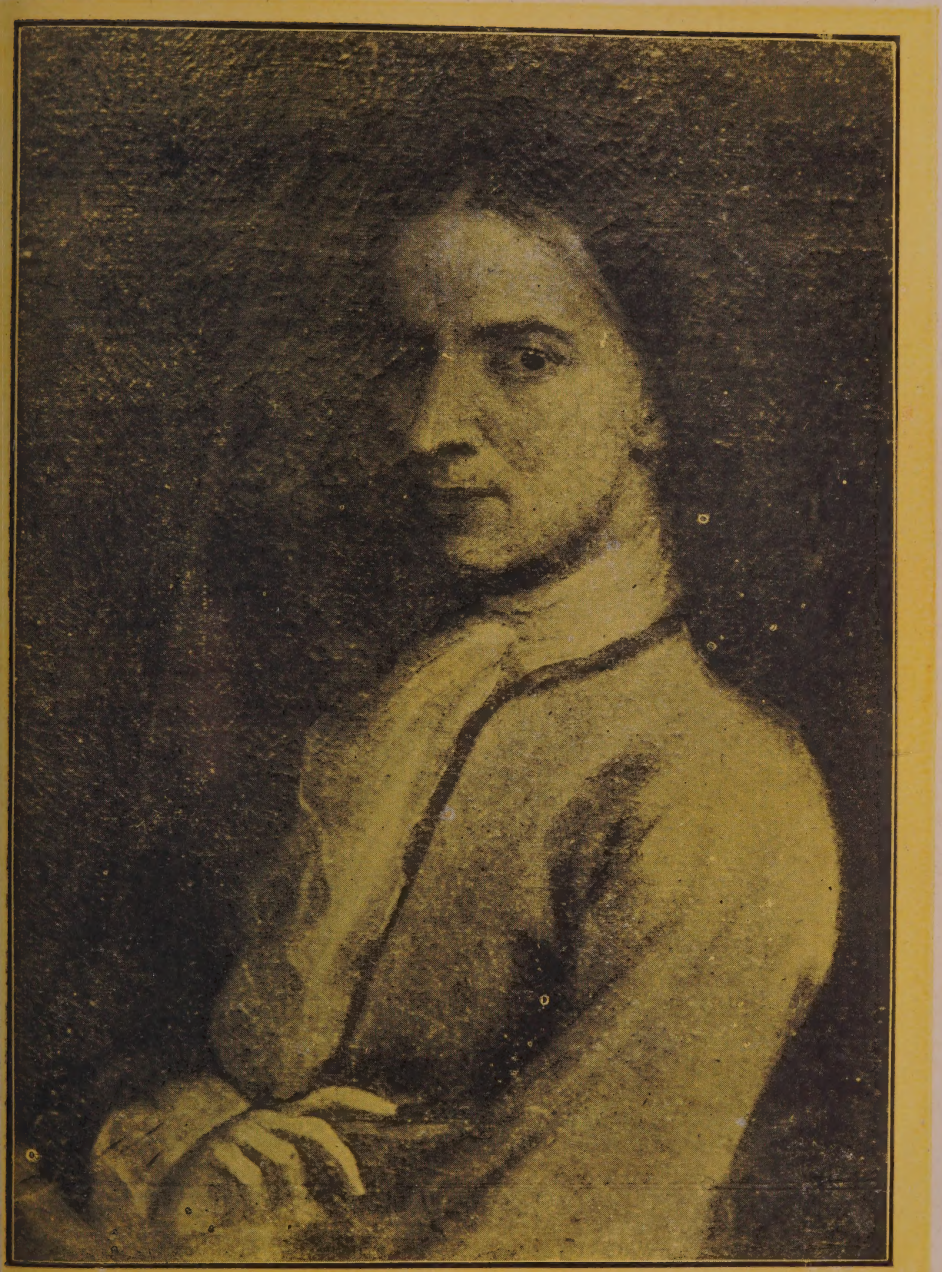
rido de todos nuestros pintores del siglo XVII, y queriendo después darle esplendidez adoptó el que se ve en sus obras posteriores. Por este cambio se le puede reputar jefe de una nueva escuela mexicana que duró por todo el siglo XVIII y forma el punto de partida de Ibarra, Cabrera, etc., etc. Murió Xuares el 14 de enero de 1728. Un hermano suyo que fué presbítero, y un tío se dedicaron al mismo arte, sin llegar a la altura de aquél; sin embargo, Nicolás dejó cuadros, auque pocos, debido tal vez a las atenciones de su ministerio, no de escaso interés como es una Santa Gertrudis ofreciendo el corazón a un Cristo crucificado. Esta composición está en San Carlos.

Manuel Orellana, sin saberse más circunstancias de su vida, solo consta existió en este siglo, y dejó algunos cuadros de regular mérito.

Fray Diego Becerra floreció a fines de este siglo. El carácter de la escuela sevillana está muy marcado en sus obras. Ejecutó grandes composiciones que se hacen admirar en el convento de Franciscanos de Puebla, y el mejor, tal vez, que representaba la Tentación en el Desierto, pereció en tiempo de la invasión francesa.

Salazar. Dos existieron de este apellido en este siglo, uno, de origen español, de cuyas obras la más notable es el retrato de un Cardenal agustino que poseía el convento de este instituto en Puebla; y el otro, mexicano, que dejó en el citado monasterio cuadros muy apreciables que se hacen notar especialmente por la perfecta imitación de los objetos de metal.

Diego Borgraf. Algunos sin exponer



Escuela Nacional de Bellas Artes. México.—Juan Rodríguez Juárez.—Autorretrato.

Escuela Nacional de Bellas Artes. México—Baltasar de Echave (el mozo).
El Entierro de Cristo.

razones lo juzgan de origen alemán. Los pocos cuadros que legó a la posteridad, fechados en el primer tercio de este siglo, revelan un pintor de mérito, como lo demuestran una Purísima Concepción del colegio de Puebla, un San Francisco de Asís orando en una cueva, que está en el Claustro de la Concordia de la ciudad citada. Parece que sus obras pertenecen al primer período de nuestra escuela.

Juan Tinoco, muy apreciado por los profesores en el arte, debido a su buen colorido, firmeza de trazo y expedición de pincel. En la academia de Puebla hay catorce cuadros suyos, que representan a los doce Apóstoles, a Jesucristo y a la Virgen, su tamaño es de a vara: obras son estas de un perfecto acabado, de una ejecución libre y perfectamente artística. Nació a fines del siglo anterior.

Baltazar Echave, el segundo de este nombre, y probablemente hijo del primero. Es autor del martirio de San Pedro de Verona, del Entierro de Jesucristo, y de Cuatro Evangelistas chicos, todo perteneciente a la Academia de San Carlos. La diferencia de estilo entre los dos Echave se nota desde luego. El viejo concluía perfectamente sus cuadros, y hacía resplandecer en ellos un excelente gusto y profundo conocimiento del arte. El joven era pintor de efecto, y jamás se cuidaba de concluir sus trabajos; pero a pesar de esto, causa impresión y revela una mano franca y capaz de ejecutar con perfección, si hubiera empleado un poco de más estudio.

Manuel Echave, muy inferior a los dos

anteriores, aunque sus obras no pueden juzgarse despreciables.

Antonio Rodríguez y José Rodríguez. El primero, autor de un San Canuto que existe en la iglesia de Santa Teresa, y en la de Belén un San Agustín escribiendo, que son obras de algún mérito. El segundo, juntamente con Antonio Alvara; según Sigüenza, ejecutaban retratos de tal parecido *que se les saludaba reputándolos vivos.*

Diego de Casanova, artista muy mediano, lo mismo que Juan de la Plaza, autor de composiciones muy extravagantes.

Manuel Luna, no carecía de franqueza y regular dibujo, y su estilo era muy parecido al de Murillo.

Pedro Rodríguez, autor de un cuadro del Nacimiento del Salvador, que posee la iglesia de la Merced, y que revela muy buena ejecución.

Nicolás Becerra, de este autor hay en el hospital de Terceros un cuadro de San Luquecio, pintado en el año de 1693, y que parece una anticipación del estilo de Ibarra y Cabrera.

Pedro Ramírez, la mayor parte de sus pinturas las ejecutó en tabla; su pincel es vigoroso, su dibujo mediano, y sumamente ignorante en la perspectiva. Viardot en su obra sobre los Museos Españoles, habla de algunas tablas de este autor que hay en el Museo Nacional de aquel reino. Muy triste es que en tal lugar se ostenten obras de uno de nuestros más atrasados artistas.

Sánchez Salmerón. Hay pinturas su-

Escuela Nacional de Bellas Artes. México.—El Padre Manuel (jesuita).
La Inmaculada Concepción.

yas fechadas en el año de 1670, son de dibujo regular, buen colorido, y de toques francos y vigorosos.

Padre Manuel, jesuita. Según Beltrami pintaba con ambas manos. Calificándolo por un cuadro de la Sagrada Familia que existe en la Escuela de Medicina, es muy acreedor a que se le coloque en el número de nuestros más distinguidos artistas, por su gracia y perfección.

Pedro López Calderón. Autor de una Cena, de mediano mérito que existe en la sala de recibir de San Fernando, y de una Santa Ana que he visto en esta ciudad, que también es de muy poca importancia.

Pascual Pérez, del último tercio del siglo XVII, denominado el *Mistequito*, artista mediano, pero no por esto dejó de ejecutar obras que se confunden con las de mayor mérito. Entre estas sobresale un San Felipe Neri en éxtasis, perteneciente al convento de la Concordia de Puebla. Otros dos hermanos suyos fueron también pintores; pero de muy inferior mérito.

José del Castillo floreció por el mismo tiempo. Poseyó grandes dotes de soltura en los trazos, expedición de pincel Poseído de un verdadero misticismo, sus obras inspiran veneración, semejantes a las de nuestro contemporáneo el célebre alemán Oberbek. La mayor parte de ellas decoran el convento de Franciscanos de Puebla.

SIGLO XVIII

Cristóbal Villalpando, aunque español de origen, por su formación artística nos pertenece. Sin querer adoptar la reforma que en el arte introdujo Xuares, conservó el primitivo estilo. Sus pinturas más notables son las de caballete, que manifiestan grande expedición en el manejo del pincel. Se encuentran diseminadas por varios puntos del país. A este autor pertenece un gran retablo cuyo asunto es el Triunfo de la Fé, que mucho tiempo estuvo colocado en la sacristía de la Catedral de esta ciudad; y uno que es de mi propiedad, que representa la Penitencia de San Pedro. Trabajó desde el último tercio del siglo anterior, hasta el año de 1760.

Miguel Cabrera. Este siglo se anuncia con la aparición del Miguel Angel mexicano, según lo llamó Beltrami. Algunos lo creían indio zapoteca, nacido en Oaxaca; pero el señor Couto rectifica la especie fundado en las noticias orales que recibió de algunos de los que trataron a los contemporáneos de Cabrera, y también por la información que él mismo instruyó para la admisión en un Convento, de una hija suya; de esa información resulta haber sido españoles sus progenitores, y que nació en San Miguel el Grande. El viajero Beltrami al continuar sus elogios acerca de este notable artista, dice, que a los contornos del Corregio, unió lo animado del Domiquino. Casi no hay un lugar de la nación me-

Escuela Nacional de Bellas Artes. México.—Miguel Cabrera.—El Patrocinio de Señor San Jose.

xicana que no se gloríe de poseer, no una, sino varias de sus obras; ascienden por lo mismo a un número que parece imposible quepan en los años que vivió. Fué tal su fecundidad, que treinta y dos cuadros murales de la Vida de San Ignacio, colocados en la Profesa, allí mismo tienen consignado que los comenzó el día 7 de Junio de 1756, y los terminó el 27 de Julio del siguiente año; con la circunstancia, que a este mismo período corresponde la ejecución de otra colección de iguales condiciones a la anterior, que tienen por asunto la vida de Santo Domingo. Sin poderle negar su admirable velocidad en la ejecución, es preciso tomar en consideración que en su gran taller tenía artistas tan hábiles como Alcíbar y Arnaes que le ayudaban en sus trabajos; de manera, que todo lo que se le atribuye, más bien que de un autor debe reputarse como de una escuela; pero siempre es de admirar la unidad de estilo, de colorido y de dibujo que imprimía con solo su dirección, y algunos cuantos toques de su mano. Esta misma aplicación se puede dar a mi juicio, acerca de la colección de cuadros de la Vida de San Francisco que posee el Liceo de Varones de esta ciudad, en los cuales aparecen rasgos indisputables del inmortal Murillo, y sin embargo, hay figuras que revelan una muy diferente procedencia.

Cabrera es, sin disputa, el más notable de los pintores mexicanos, generalmente hablando, aunque en determinadas dotes lo aventajan algunos de sus paisanos. La cualidad culminante que lo caracteriza es la morbidez y suavidad, y cierto ambiente de belleza que acostumbra dar a todas sus

composiciones, muy particularmente a las cabezas de sus personajes, para quienes siempre elige hermosos tipos. En Guadalajara, de varias pinturas que poseemos de tan distinguido artista, la más sobresaliente es una Virgen del Rosario, colocada en la escalera del Arzobispado, cuyo aspecto verdaderamente extasía; y según el juicio de personas competentes, es superior a la Visión del Apocalipsis que en la Academia de San Carlos reputan por su mejor obra. Desgraciadamente no conocemos más pormenores de este ilustre personaje, sino que fué el primer director de la Academia de Bellas Artes que se estableció en México; que tuvo el título de pintor de Cámara del Arzobispo Rubio y Salinas a quien dedicó su notable opúsculo sobre la aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, en que demuestra por medio de un análisis químico y artístico de esta pintura, que no es obra de la industria humana. La dedicatoria está con fecha 1º de Agosto de 1756. Se ignora el año de su fallecimiento. (VII).

(VII) A los estudios de don Luis González Obregón, se debe el descubrimiento de muchos datos desconocidos, sobre la vida de Cabrera. De ellos resulta; que éste nació en Antequera, hoy Oaxaca; que fué hijo de padres no conocidos; que se bautizó el 27 de Febrero de 1695 y se trasladó a México en 1719 que en esta ciudad casó con doña Ana María Solano y Herrera, teniendo varios hijos en su matrimonio, y que murió el 16 de Mayo de 1768. (Véase México Viejo, artículo «Don Miguel Cabrera.») La obra artística de Cabrera, no disfruta hoy de tanto crédito como antaño; pues la crítica ha aquilatado debidamente los exagerados elogios de sus contemporáneos, y sin negar su asombrosa facilidad para pintar, su fecundidad prodigiosa, su agradable colorido y el gusto con que se miran casi todas sus obras; tiene que echarle en cara su amaneramiento, incorrecciones muy notables de dibujo y el usar de procedimientos indignos de un gran artista, como Cabrera lo fué, tales como el repetir figuras enteras en sus composiciones, el usar de letreros para expresar lo que dicen o piensan sus personajes, el recurrir a estampas frecuentemente para la composición de sus cuadros y finalmente el haber apresurado la decadencia del arte de la pintura en México, por buscar antes lo bonito que lo bello, para satisfacer el gusto poco delicado del público indocto, que prefiere casi siempre el relumbrón al arte verdadero.

Iglesia de San Martín.—Tepotzotlán.—Miguel Cabrera.—La Virgen María protegiendo a la Compañía de Jesús.

Fot de A. Cortés

Cristóbal y Andrés López, ambos hermanos, nacidos en México, sumamente parecidos en el estilo y de casi igual mérito en sus trabajos. Sus cuadros son hermosísimos, y en ellos se nota un medio entre la brillantez y vigor que usó Ibarra en el colorido, y la suavidad de tintes de Cabrera. Obra suya es la colección de cuadros del Viacrucis que cubre las paredes del templo del Encino, en Aguascalientes; es decir, son autores de doce cuadros, pues los otros dos que completan la colección son unos borrones atroces. A ellos también pertenecen en mi concepto un San Joaquín y Santa Ana, que por desgracia, alguno de los Rectores de esa iglesia, quiso completarlos agregando una niña en los brazos de cada figura, ejecutado semejante absurdo, por la misma mano torpe que completó el Viacrucis. Estos cuadros de la Pasión forman composiciones vastas, con toda la exactitud histórica, y con una ternura y misticis-

Creemos que el siguiente juicio de Viardot sobre Luca Giordano, es perfectamente aplicable a Cabrera, guardadas las distancias: «Igual a Lope de Vega por la fecundidad de invención inagotable y una facilidad de ejecución prodigiosa, Luca Giordano hacía un cuadro en un día, como el poeta una comedia y contaba también sus obras por centenas; pero ambos han merecido que se les ponga como ejemplo del abuso de las facultades naturales y de los defectos que les son consiguientes, en los dos, estas facultades fueron como ahogadas bajo su propio exceso; en los dos se ve la ausencia del trabajo concienzudo y del gusto depurado; se nota siempre el olvido de ese temor saludable del público y ese rigor para consigo mismos sin los cuales no hay perfección posible».

Además de las pinturas de que habla el texto, recordaré que en el convento de Guadalupe de Zacatecas, se hallan tres enormes cuadros murales, debidos al pincel de Cabrera: uno representa a la comunidad llevando en procesión a la Virgen de Guadalupe, su patrona, viéndose en lo alto un rompimiento de gloria muy bien pintado; los otros dos cuadros representan visiones del Apocalipsis y son composiciones vastas y bien pensadas, siendo de notarse que en una de ellas el pintor incurrió en el defecto que le hemos criticado, pues hay figuras de ángeles exactamente iguales a las que se ven en la Virgen del Apocalipsis del mismo Cabrera, que se conserva en la Academia. En la iglesia del mismo convento, arriba del Viacrucis, se ve una colección de cuadros sobre la vida de la Virgen, del mismo artista, pintada en pequeños óvalos como de una vara de altura.

mo, que por el templo esparcen un ambiente, cua debió respirarse en Jerusalem en los momento del sangriento drama. A Andrés pertenece un Ca vario como de tres cuartas de altura, lámina d bronce, propiedad particular de una familia d esta ciudad. De Cristóbal se conserva una Verón ca en la Academia de San Carlos, y a mi juicio un Virgen de las Angustias que está en uno de los a tares de la iglesia de Jesús María, de Guadalajara reconoce por autor a Andrés. Murieron estos ar tistas en el año de 1790 (VIII).

Agustín Castro, jesuita, que a sus gran des talentos científicos unió el de la pintura, e cuyo ramo legó obras notables. Nació en Ener de 1728 y murió expatriado en Bolonia en 1790.

Joaquín Esquivel. Conforme al juici de Beltrami nació grande artista, y no quiso serl por la precipitación que revelan sus trabajos; n obstante, dejó cosas notables que se conservan e las iglesias de Loreto y la Merced; entre otras, la v da de San Pedro Nolasco, fechada en 1797.

Juan Correa. Este pintor es notable po el colorido, y grande y sublime por la composición Sus principales obras se ven en la Catedral, y su pinturas al fresco en Santa Teresa la antigua. D su mano es una Santa Bárbara de la Academia d San Carlos. Le cupo el insigne honor de se maestro de Cabrera, Ibarra, Sánchez y José Rude

(VIII) Las composiciones de los hermanos López; aunque de colorido po brillante, serían verdaderamente notables si fueran originales; pero tengo m tivos para sospechar que están tomadas de estampa. En cuanto a la fecha q señala el señor Villa en el texto como de la muerte de los artistas, debo hac presente que no es exacta, por lo menos respecto de Andrés; pues en la parr quia de Sombrerete, Zacatecas, he visto una Virgen del Carmen firmada por en 1799, obra muy mediana.

Escuela Nacional de Bellas Artes, México.—Juan Correa.—Santa Bárbara.

cindo. Correa fué el primero que calcó el original de la Virgen de Guadalupe, con lo que pudo satisfacer la piedad de los mexicanos que ardientemente deseaban copias fidelísimas de la maravilla de su país. (IX)

Manuel García, pintor de perspectiva y buen arquitecto. No me ha sido posible recabar las obras que dejó.

José Páez, natural de México, sus más notables cuadros existen en el Convento de San Fernando. En esta ciudad, conozco de este autor, tres cuadros de igual asunto, que representan a Jesucristo de tamaño natural, según lo describió San Anselmo, y el mejor de ellos es el que está en en el Arzobispado. Hay además un San Cristóbal que está a la entrada de la iglesia de Belén, y dos cuadros pequeños de una Santa Gertrudis y de un San Antonio, pertenecientes a particulares. El estilo dulce y suave de este autor, se asemeja mucho al de Alcíbar, aunque éste es mucho más notable por la vastedad y buena inventiva de sus composiciones. (X)

Juan Sáenz. Ejecutó algunos de los frescos que decoran la Catedral, bajo la dirección de don Rafael Jimeno. Fué hombre tan pundonoroso, que murió a consecuencia del extravío que

(IX) Las obras más notables de Juan Correa: son La Virgen del Apocalipsis, la Asunción, la Iglesia Católica y la Entrada en Jerusalem; todas en la Catedral de México.

(X) En el Museo Nacional se conservan los retratos de los Jueces de Acordada: don Miguel Velázquez de Lorea, don José de igual apellido, y don Jacinto Martínez de Concha, los tres pintados por José de Páez. Además, en poder de nuestro amigo el licenciado Villa Gordoa, hemos visto una Virgen de los Dolores, exactamente igual a la publicada en el *Mundo Ilustrado* de 20 de Marzo de 1904, como de autor desconocido, si ese cuadro es original de Páez, es una pintura bastante apreciable.

sufrió uno de los bocetos que Jimeno le había dado para que lo ejecutase en la cúpula de dicha Catedral. Tuvo por compañero en esta obra al señor don José Antonio Castro, fundador de nuestra escuela moderna de pintura en esta ciudad de Guadalajara. (XI)

Francisco Antonio Vallejo, pintor distinguido. Dejó varios monumentos de su arte en el colegio de San Ildefonso; entre ellos se distingue la muerte de San Francisco Xavier, y la Santa Familia servida por los siete arcángeles. Este autor revela todas las dotes de Cabrera.

Mariano Vázquez, según Beltrami, es nuestro Carlin Dolce, fué discípulo distinguido de Cabrera. La Academia de San Carlos conserva varias de sus obras, distinguiéndose entre ellas, su propio retrato, que figura al lado del de Juan R. Xuares. Yo conozco en poder de un amigo un San Pedro en lámina de bronce, de dos tercias de tamaño, que recomienda mucho al autor. (XII)

Juan Carnero, padre de un célebre jesuita de este nombre. El colorido que usó es malo, pero en cambio, sus composiciones revelan una verdadera erudición, y adornadas de un carácter ascético que las hace muy apreciables. El Convento de Dominicos de Puebla posee muchas de sus obras.

(XI) La única pintura que recuerdo haber visto de Sáenz, es la Virgen de Belén, propiedad de la familia Urizar de Zacatecas. Es un cuadro agradable de correcto dibujo; pero de entonación fría y colorido poco brillante.

(XII) De este pintor recuerdo haber visto, en poder del señor Salvador Bracho, de Sombrerete, un cuadro, Job en el entercolero. El asunto está bien elegido y la ejecución de él coloca a su autor a la altura de los mejores pintores mexicanos de su tiempo. Job semi-incorporado en el muladar, escucha las increpaciones de su mujer que lleva una túnica que flota al viento en elegantes partidos de paños. El dibujo es correcto y vigoroso, fresco el colorido y bien entendida la composición.

Antonio Aguilera, la única mención que de él he visto, es que fué aventajado discípulo de Correa, y que pintó en el último tercio de este siglo.

José Rodríguez Carnero, de la familia del anterior. Fué notable por la viveza que dió a sus tintes, y tono del colorido, como lo manifiestan sus obras, que son: una Santa Margarita, Santa Bárbara, la Virgen de los Dolores y San José, que existen en la iglesia de la Concordia de Puebla.

Miguel Mendoza, indio y noble cacique, que siempre se firma con el título de *Don*. A consecuencia de su posición social, sus obras son escasas, pero notables, excediendo a las de Villalpando por su colorido y entonación; y además de la destreza con que las ejecutaba, revelan suma diligencia en su acabado, produciendo efectos muy notables. Sobresalió especialmente en las obras pequeñas, que son muy numerosas y se encuentran en Puebla. Floreció a principios de este siglo.

Joaquín Magón. De bastante aceptación en Puebla. Pintó con el mejor éxito la Pasión del Señor en el Convento de Carmelitas de aquella ciudad. Perfectamente acabado en sus obras, adolece de ciertos tintes antipáticos; pero todas son uniformes, por el esmerado acabado que se nota hasta en los menores detalles.

Pablo Talavera y su hermano Cristóbal, y otros dos más muy inferiores en el arte. En la Iglesia de San Agustín, de Puebla, había varios cuadros de Pablo que bien sostenían el paralelo con los de Ibarra. Los de Cristóbal se ha-

llan en el Claustro de San Francisco de la misma ciudad. Su obra más notable era un David con la honda en la mano que estaba colocado en un colateral de la dicha Iglesia de San Agustín.

Andrés Islas. De este autor solo conozco un lienzo de tres varas en cuadro, que en medio de un adorno arquitectónico, del estilo plateresco, colocó una Sagrada Familia presidida por el Eterno Padre. Las figuras son como de un tercio del natural, bien dibujadas y con el tono suave propio de la escuela. Tiene mucha analogía con las pinturas de Páez. Está fechado en 1770.

Salvador del Huerto, a pesar de su poco genio, supo dar a sus obras un aire, una expresión apacible que las hace sumamente apreciables, y bien recibidas. El mérito de este autor, además de sus relevantes cualidades personales, consistió en el magisterio, que dió por resultado la formación de ciertos individuos que con mucha justicia han sido reputados en Puebla como maestros; tales fueron don Nicolás Ordóñez, primer director de la Academia de aquella ciudad, el inolvidable don José Manso, el célebre cincelador Villafuna, don Manuel López Guerrero, autor de multitud de retratos; y por último, don Agustín Arrieta. También lo fueron Huerta y Cendejas, los dos últimos artistas poblanos pertenecientes a la antigua escuela, y que alcanzaron nuestros tiempos, pues el primero murió en 1819, y el segundo de 92 años, en 1816.

Lavandera, de origen jalisciense, que floreció a mediados de este siglo. Fué agrimensor y pintor notable. Estos pocos datos los tomé de un

apunte suelto de nuestro compatriota y célebre botánico el señor doctor don Leandro Oliva, y sólo atenido a su buena fé, los consigno, sin haber encontrado otros fundamentos.

Berdardino Polo, pintor de principios de este siglo. Sus principales obras se conservan en la Catedral de Puebla, como son la vida de San Francisco de Sales, y la de Santa Teresa de Jesús; composiciones de más que mediano mérito, y de estilo sumamente agradable. Algunos creen que este artista fué de origen español, y que tuvo un hijo que le fué muy inferior en el arte.

Miguel Correa. Sólo se conoce de él, una Purísima en San Francisco de Texcoco, que por cierto, no lo recomienda mucho.

Juan Aguilera. Muy superior al anterior. De él son los Apóstoles que se veían en el noviciado de Dieguinos de México. Existió a principios de este siglo.

Francisco de León. Dejó un cuadro notable de la Virgen del Rosario perteneciente al Convento antes citado, ejecutado en 1727.

Antonio Torres. Fué uno de los artistas que formaron la comisión de examen del lienzo de la Santísima Virgen de Guadalupe. De su pincel se conocen, una Anunciación, y otros cuadros que se veían en el Convento de San Francisco. Nuestro amigo, el notable artista Felipe Castro, en su obrador tiene de este autor un San Miguel y una Magdalena, bastante agradables. (XIII.)

(XIII.) Obra de este artista son los retratos de Fray Juan Suárez, Fray Francisco Jiménez, Fray Esteban de Ursúa, Fray Sancho Meraz, Fray Luis Morote y Fray Martín del Castillo, que se conservan en el Museo Nacional.

Fray Miguel de Herrera, agustino. Es autor del gran lienzo colocado en la portería del Convento de Carmelitas de Puebla, con motivo de las fiestas que tuvieron lugar en 1729 en solemnidad de la canonización de San Juan de la Cruz. También ejecutó el retrato de nuestra célebre poetisa Sor Juan Inés de la Cruz que existe en México.

Francisco Martínez, notario de la Inquisición, autor de dos cuadros que representan el martirio de San Lorenzo, que están en el muro exterior del coro de la Catedral, pintados en 1736; más dos Evangelistas que tiene la Academia de San Carlos. (XIV).

Nicolás Enríquez. Conocemos de este autor catorce cuadros de un Viacrucis perteneciente al Convento de Teresas de esta ciudad de Guadalajara, obra de más que regular mérito. Este autor, lo mismo que Ibarra, son los principales que siguieron el cambio que R. Xuárez introdujo en la escuela.

Juan Patricio Morlete Ruiz. Son muy escasas las obras de este artista, y sólo se conoce un cuadro suyo que representa a San Luis Gonzaga, y que la Academia de San Carlos conserva con sumo aprecio. (XV).

(XIV.) De este pintor conozco ocho cuadros murales que tapizan la sacristía, de forma octogonal, de Santo Domingo de Zacatecas, representando escenas de la Pasión de Cristo. Las figuras son de tamaño natural, las composiciones recuerdan mucho algunas pinturas italianas del Renacimiento (especialmente la que representa la Flagelación de Cristo, que casi es una copia de un cuadro de Sebastián del Piombo), por lo que supongo que quizá fueron tomados en gran parte de la estampa. El colorido es poco brillante, el claro oscuro vigoroso y el efecto general de las pinturas bastante agradable; aunque un poco lúgubre.

(XV.) Fué Morlete Ruiz notable pintor de retratos y obra suya son los de los virreyes: Marqués de las Amarillas, Cagigal de la Vega, y Marqués de Croix, de la galería del Museo Nacional.

Museo Nacional.—José de Alcíbar.—Retrato de una Monja. Fot. de A. Cortés.)

Manuel Carcanio, Tercero de Santo Domingo de México, que para ese Convento pintó una Vida de la Virgen. Alcanzó la fundación de nuestra Academia de la Capital, y fué Subteniente-Director de pintura.

Joaquín de la Vega, discípulo del anterior. Ejecutó el retrato de su maestro, que se ve en la Academia de San Carlos, y es apreciado como una obra valiente en su género.

Arnaez y Osorio, compañeros de Cabrera y Alcíbar, y muy parecido a este último en el estilo.

José Alcíbar, discípulo de Ibarra y digno competidor de su maestro, pues sus obras nada dejan que desear en materia de exactitud de dibujo, y ternura de colorido. Varias de ellas conocí en el Colegio de Guadalupe de Zacatecas, pero la más notable de las que me ha sido dado ver, en su composición de la Adoración de los Magos que cubre el testero de la Sacristía de la Iglesia de San Marcos en la ciudad de Aguascalientes, que verdaderamente encanta y nada deja que desear. De este autor posee el que esto escribe una laminita circular de bronce que contiene un devocionario, tan lleno de trasparencia, que parece pintado en porcelana. Alcíbar fué Teniente-Director de la Academia de San Carlos, y en 1797 aun vivía, es decir, cincuenta años después de haber formado parte de la comisión examinadora del lienzo Guadalupano, y todavía en tan avanzada edad, pudo con maestría ejecutar el triunfo de la Fe, y última Cena que están colocados en la sala

principal de la Archicofradía del Santísimo en la Catedral de México. (XVI.)

Miguel Gerónimo Cendejas, pintor de genio, de elevada y rica imaginación, de sentimientos enérgicos, agradables y amenos; pues todas las obras con que enriqueció a Puebla, su país natal, respiran exquisita sensibilidad; y es tan vivo su colorido que parecen acabadas de pintar, y las rodea de una luz del mejor efecto.

Tenía mucha gracia para ejecutar alegorías, en lo que demuestra sus profundos conocimientos de la Historia Sagrada. Murió de 92 años, y su última obra, que es una Oración del Huerto, la ejecutó en su lecho de muerte, y quedó concluída dos días antes de su fallecimiento: obra verdaderamente inspirada que se conserva en la Iglesia

(XVI.) Describiendo la Adoración de los Magos de Alcíbar, escribíamos en 1914: «Allí, cubriendo el muro del fondo, estaba el cuadro que buscábamos y que representa la Adoración de los Reyes. Amanece; pero aun no se disipan por completo las sombras de la noche. En lo alto del cielo luce la estrella que ha guiado a los magos en su camino; pero su luz palidece ya, y apenas si un rayo tenue y sutil va a caer sobre Jesús. A la izquierda, en medio de las sombras que proyecta una construcción derruida, se destaca la Virgen María, sosteniendo entre sus brazos al Dios Niño, en tanto que en la obscuridad, apenas si se percibe la figura de San José. Varios soldados en traje romano se aproximan con curiosidad a este grupo, y ante él se arrodilla, con mística unción, el rey Gaspar, de luengas barbas y cabellera tan blancas como la nieve, ofreciendo sus dones, ricas joyas en chapeado cofrecillo. Sus albos ropajes, recamados de oro se doblan en ondulantes pliegues y su cabeza, llena de nobleza y majestad, retrata el más profundo sentimiento de amor y de respeto. Detrás de Gaspar se adelanta una larga procesión: el segundo mago, vistiendo rico traje oriental, que recuerda los de los personajes del Veronés, cubierto con amplia capa roja, viene en seguida, acompañado de pajes y soldados; más lejos de mira al rey negro con su deslumbrante séquito; ondean al aire los pendones, y se ven venir los esclavos abrumados bajo el peso de los mirríficos presentes y los soldados cubiertos de resplandecientes armaduras..... Hermoso es el cuadro, bien distribuída la composición, correcto en lo general el dibujo y brillante el colorido; pero lo que más admira y produce la conmoción nerviosa que sólo se produce ante la verdadera obra de arte, es el grupo formado por la Virgen María y el Niño Jesús, el que por su dulzura y por cierta luz sobrenatural que parece emanar de ellos, recuerda algunas de las obras de Murillo.....»

Hay quien pretende que esta obra de Alcíbar está tomada en gran parte de un cuadro de Rubens con algunas variantes; pero no hemos podido confirmar tal opinión.

Iglesia de San Marcos.—Aguascalientes.—José de Alcíbar.—La Adoración de los Santos Reyes.

del Sagrario de la ciudad de Puebla. En Guadalajara conozco un San Francisco de Paula que perteneció al señor Obispo Aranda. Es un cuadro como de a vara, y presenta al Santo leyendo un libro en pergamino; trabajo es este que bien merece las calificaciones dichas. También creo son del mismo autor unos cuadros como de vara y media que acaba de colocar en la Iglesia de San Felipe su actual Rector, y representan a cuatro Padres de la Iglesia, cada cual inspirado por uno de los cuatro Evangelistas; composiciones tan originales y bien ejecutadas, que están revelando el carácter de los escritos de cada uno de esos Padres. Miguel Gerónimo tuvo un hijo que sobresalió en el género del paisaje. Murió el año de 1816.

Luis Rodríguez Alconedo, nació en Atlixco a fines de este siglo. De acuerdo con el Virrey Iturrigaray tomó parte en los primeros movimientos de nuestra independencia, que descubiertos, fué consignado a España donde estuvo preso dos años. En este período, con su notable habilidad para la pintura al pastel, y modelados en cera, que ejecutaba con maestría, adquirió fama europea, y pudo hacer economías que no solo le facilitaron el regreso a su patria, sino que pudo adquirir una preciosa colección de pinturas españolas. A su regreso la guerra continuaba, y sin poder sacrificar sus instintos nacionales, se unió al General Morelos. En un hecho de armas desgraciado, fué hecho prisionero, y fusilado momentos antes que llegase el indulto que le habían otorgado.

Francisco Eduardo Tres-Guerras, nació en el Estado de Guanajuato el día 13

de Mayo de 1745. En sus primeros años se dedicó a la carrera literaria, pero luego comprendió que su genio lo llamaba al cultivo de las Bellas Artes. Emprendió el aprendizaje del dibujo en que hizo notables progresos. Sus primeras obras de pintura no fueron apreciadas cual merecían, y teniendo imperiosa necesidad de recursos para subsistir, intentó el estudio privado de la arquitectura como más productivo, y a que seguramente lo inducían sus talentos. El éxito de este nuevo ensayo, coronó sus esfuerzos que dieron por resultado el puente y convento de Carmelitas de Celaya, así como multitud de edificios públicos y privados que dirigió en Querétaro, San Luis Potosí y Guanajuato, que forman otras tantas páginas gloriosas en nuestra historia de ese arte. Cuando se intentó la reforma de los altares y crujía de la Catedral de esta ciudad de Guadalajara, Tres-Guerras solicitado por el cabildo, vino a encargarse de la obra, pero desgraciadamente se le exigían reformas en sus diseños, por las cuales no quiso pasar, y se retiró a su país.

Aunque Tres-Guerras, como hemos dicho, tuvo que desistir de la pintura como principal ocupación, no por eso la abandonó, y de su habilidad en ese ramo nos legó muestras de un talento que lo hace figurar en el número de nuestros buenos pintores. En el citado convento de Celaya se ve con agrado una Virgen del Carmen ejecutada por él, y un fresco también suyo, que tiene por asunto el Juicio Final, desempeñado con maestría, y en el cual tuvo la feliz ocurrencia de retratarse, colocándose en el número de los de los que, poseídos de una cruel incertidumbre, esperan la sentencia definitiva: pensa-

miento perfectamente bien expresado, y que por sí solo basta para sentar la reputación de artista. Este genio verdaderamente es tético, no pudo ver con indiferencia la música y tocaba la flauta; con cuyo motivo, el sabio padre Nájera, en uno de sus discursos académicos, exclama: «¿Y dónde tú Tres-Guerras, honor de tu patria, hijo de las Gracias, y genio de las artes, dónde tomaste aquella vida, aquella elegancia, aquella belleza que comunicabas a tus obras de arquitectura que serán la gloria de los mexicanos? Señores, la flauta para Tres-Guerras, era lo que la música para Mengs, en ella aprendía el estilo que quería dar a sus obras.»

Tan sobresaliente maestro murió de la epidemia del Cólera morbus el 3 de Agosto de 1833. Con él desapareció el último vástago de nuestra antigua escuela mexicana, pues hija de una época que también desaparecía, no pudo sobrevivirle, y tuvo necesidad de ceder el campo a la recién venida.

¿Hemos perdido o ganado con tal sustitución? la que hoy reina, tiene algún sello de originalidad, con que orgullosos podamos demostrar nuestra propiedad? ¿goza siquiera de unidad? No me creo competente para resolver estas cuestiones, y para declinar toda responsabilidad, solo aplicaré al caso el pensamiento de uno de nuestros primeros literatos, el señor don Jesús Cuevas; que hablando de nuestro teatro, dice: «Carece de presente, lisojeemos nuestro patriotismo con los recuerdos del pasado, y las esperanzas del porvenir.»

Hay pintura en México, y pintura buena, pero no nacional.

CETERA DESIDERANTUR.

Por lo que llevamos dicho, se viene en conocimiento de que la cuna de nuestros antiguos pintores estuvo solamente en la ciudad de México y Puebla, la una, centro del movimiento civilizador del gobierno Colonial, y la otra participante muy inmediata, por su mayor proximidad a la capital. Por consiguiente, todas las obras de arte que en aquella época había en Guadalajara, nos venían de aquellas fuentes, o eran extranjeras. Los únicos pintores que aquí hubo a fines del siglo pasado y principios de este, fueron unos apellidados Cuentas, padre e hijo, que casi solo se ejercitaban en hacer retratos, y a ellos debemos los de nuestros abuelos, si bien bastante parecidos según la tradición, el dibujo es pésimo, colorido fatal, y pincel grosero. Del segundo de estos pintores poseo cuadros apaisados un poco corregidos de aquellos defectos y con el mérito de la composición que representa las cuatro estaciones del año. (XVII)

Por el año de 1808 estuvo en esta ciudad un

(XVII) Los primeros pintores de quienes se tiene noticia de que trabajaron en la Nueva Galicia, son: Francisco Flores, que declaró en unas informaciones sobre los milagros de la Virgen de San Juan de los Lagos, en 1668, «por haber trabajado en el santuario de dicha imagen»; y Juan Ibáñez, que vivió en Guadalajara y murió en 1626, como puede verse en la *Historia de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos*, por Santoscoy.

pintor italiano que ejecutaba al temple pinturas murales, permitiéndose cobrar por la ornamentación de una sala de recibir, mil pesos. Actualmente solo queda una en la casa contra esquina Oriente Norte del frente de la iglesia de San Agustín, por la cual podemos conocer que las obras del tal Zápari apenas eran medianas.

En el año de 1817, el brigadier Presidente de la Audiencia de Nueva Galicia, don José de la Cruz, hizo venir de México a don José María Uriarte, artista muy mediano, que entre otras cosas pintó los óvalos que coronan los altares de la Catedral, copias de estampas que representan escenas del antiguo Testamento; el cuadro de Jesucristo arrojando del templo a los vendedores; las péchinas de la cúpula que son los cuatro Evangelistas, y son su mejor obra, como lo eran también las figuras simbólicas que estaban en las péchinas de lo que se había convertido en salón del Congreso, y que destruido ya, volvió a su antiguo destino de la Iglesia de la Universidad.

La aurora artística y literaria de Jalisco comenzó a lucir en el año de 1835, en que el Gobierno del Departamento contrató a don José Antonio Castro, discípulo de don Rafael Jimeno y Planes para que viniera de México a restablecer la Academia de Bellas Artes, que en 1824 había fun dado el primer Gobernador constitucional, don Prisciliano Sánchez, y que se encontraba en total decadencia.

Los elementos de prosperidad pública economizados y utilizados por la proverbial honradez del Benemérito Gobernador don Antonio Escobe-

o; los esfuerzos civilizadores de los hombres lle-
os de virtud y talento que entonces figuraban,
escollando entre todos y dirigiendo el movimien-
o el Prior del Carmen Fray Manuel de San Juan
risóstomo Nájera, constituyeron en Guadalajara
a época más brillante de su historia. La genera-
ión que hoy toca a sus cincuenta años, inició su
ida científica y social en medio del más halagüe-
o espectáculo.

Oportuno me parece valerme de esta oportu-
idad para pagar un tributo de respeto y gratitud
las personas, de la época a que me refiero, que
on tanta generosidad se agruparon al derredor
el sabio Padre Nájera para contribuir, unos con
l prestigio y elementos de su posición social, y
tros con sus luces y esfuerzos personales, para
omentar ese movimiento civilizador iniciado por
l que le servía de núcleo. Tales fueron el ilustrísi-
no señor Obispo don Diego Aranda, los señores
on Antonio Escobedo, generales don Mariano
aredes, don Antonio Mozo; el señor Obispo elec-
o *in partibus* don Domingo Sánchez Reza, doctor
on Francisco Arroyo, doctor don Pedro Espino-
a, canónigos; el profundo teólogo franciscano
octor Fray Luis Martínez, el de su misma clase
ray Pedro Cobrieya, después Canónigó; los se-
ores Juan Gutiérrez Mallen, Manuel L. Cotilla,
ionisio Rodríguez, Francisco M. Negrete, Manuel
campo; y como profesores en matemáticas don
icolás Banda, y en instrucción primaria don
austino Ceballos y don Jose Velázquez. No sé si
or olvido hago agravio a otros individuos que
ebían ser citados. Varias personas de las enume-

radas, a la vez que prestaban su cooperación par
la ilustración de la sociedad jalisciense, no se des
deñaban, a pesar de su merecida reputación de sa
bios, descender a la clase de discípulos, y notable
e infuladas cabezas se colocaron bajo la dirección
científica del carmelita y encanecidos en el estudi
recibieron sus lecciones. De esta manera aprendi
el inglés el señor Sánchez Reza, el griego y algu
nos principios de hebreo el señor Espinosa, de l
que hace mención el mismo Padre Nájera en un
de sus discursos académicos cuando dice: «¡Cuá
digno de respeto es a su edad el señor Espinosa
con el Alpha y la Beta en la mano, cual otro Ger
nimo enseñando a la Iglesia universal, y convi
tiéndose de maestro en discípulo para aprender
Caldeo». Del mismo modo estudió el francés el se
nor Gutiérrez, Mallen, inglés el señor don Pedr
James, médico notable, y perfeccionó el italiano
señor doctor Arroyo, etc., etc.

Por todas partes se emprendieron obras gran
diosas de utilidad pública; la juventud entusia
mada cursaba cátedras hasta entonces descono
cidas; establecimientos científicos que yacían ex
pirantes, eran reorganizados; la instrucción pr
maria puesta a la altura del siglo; el buen gust
por las bellas artes difundido entre todas las cla
ses. El convento del Carmen,solo habitado por do
religiosos, no podía cumplir con los fines de s
instituto, y su célebre Prelado, eco fiel de las in
piraciones de la Iglesia, que tiende a dirigir a
mundo por la vida del verdadero progreso, acopi
dentro de sus paredes cuantos tesoros puede ap
tecer la inteligencia, y lo convirtió en precioso a

senal de las letras y bellas artes, abiertas sus puertas a toda la juventud, y a toda persona afecta a la ilustración. Una biblioteca particular del Prelado que contenía más de ocho mil volúmenes de lo más selecto en todos los ramos del saber humano, y en la mayor parte de los idiomas conocidos, a que no era extraño su digno dueño; una galería de cuadros originales y copias de maestros célebres, nacionales y extranjeros; pinturas al fresco, e inscripciones en multitud de dialectos indígenas cubriendo los muros de los ambulatorios; estatuas, colecciones numismáticas, fósiles, un museo de antigüedades aztecas, etc., etc. La iglesia estaba decorada con los más exquisitos paramentos, y servía de norma para la ornamentación de los demás templos. Una multitud se agrupaba en derredor de aquel cenobita, y nadie se separaba de su lado sin haber aprovechado algo, que hasta hoy se hace sentir esa benéfica influencia. Dígalo si nó el Seminario Conciliar, donde sus alumnos aprenden el griego y el mexicano bajo la dirección del sabio doctor don Agustín de la Rosa que bebió en aquellas fuentes. Una preciosa inscripción latina colocada sobre la puerta del salón de recibir, consignaba la fecha en que se concluyó la reparación y ornamentación del edificio; en su parte final estaba derramado el espíritu y el corazón del sabio cenobita, decía: «.....*frueminor, posteri, esteque grati, servatote atque perficit.*» ¡Qué bien supo la posteridad corresponder a tan noble recomendación! La revolución de 1860 convirtió en ruinas todas aquellas bellezas.

Bajo tan favorables auspicios se reorganizó,

como queda dicho, la Academia de Bellas Artes, a cuyo frente se pusieron los dos más notables artistas que hemos tenido: el pintor don José A. Castro, y el escultor don Victoriano Acuña.

En este plantel germinó la actual escuela de pintura que existe en Jalisco, pues aunque varios de los que con bastante lucidez figuran actualmente en este arte han ido a México a recibir el complemento de su educación, muchos de sus adelantos se les deben a los buenos principios adquiridos aquí.

Desgraciadamente el espíritu revolucionario vino a contener aquellas benéficas corrientes, pero en su limitado curso pudieron fecundarse algunas semillas, cuyos frutos aunque escasos podemos todavía saborear. Ojalá que los hombres de recursos prescindieran de ese marcado gusto por todo lo extranjero, y en lugar de decorar sus habitaciones con grandes relumbrones y estampas de pacotilla, ocuparan a nuestros pobres artistas que se mueren de hambre: con esto darían muestra de sentimientos nacionales y de mejor gusto en su ostentación.

ESCULTURA

HASTA principios del siglo XVIII encontré en nuestros historiadores mención de algunas notabilidades en este ramo, y solo se hace mérito de los siguientes. (XVIII)

José Antonio Villegas Cora. Nació en Puebla a principios del siglo XVIII, recibió educación literaria en el Colegio de los Jesuitas, y al concluir el curso de Filosofía se dedicó a la pintura y escultura, en cuyas artes recibió el título de maestro en muy pocos años. Se ignora cuál fué su escuela, pues antes de él no se conocía ninguna obra de escultura producida en el país que pudiera compararse con las suyas. Llevado Cora de sólo las inspiraciones de su genio, careciendo hasta de modelos, enriqueció su arte con un nuevo gusto, acaso superior al de las más célebres escuelas, mejoró su parte mecánica proveyéndola de recur-

(XVIII) Como nota curiosa consignamos, que los indios de Michoacán, hacían esculturas de santos en pasta de caña de maíz, siendo el que los enseñó a fabricarlas Matías de la Cerda, de quien dice Mota Padilla, que fué «el más famoso escultor que a estos reinos pasó de Europa, cuando se pobló la América». El mismo cronista asegura que estas esculturas «llegaron a gozar la estimación de toda Europa.»

sos que facilitaban la finura y pulidez; lo que daba por resultado que sus obras agradaban desde el momento que las emprendía, y en su conclusión presentaban la tersura del mármol, sin la menor enmendatura o agregado de material extraño. Quizá los únicos modelos que tuvo a la vista fueron algunas esculturas napolitanas de las que encargaban los Jesuitas para el culto de sus iglesias, que nunca pasaban de medianas, y que mucho menos lo eran, las que la tradición nos señala como obsequios enviados por los monarcas españoles. Como de las mejores producciones de este autor se reputan: una Purísima en la iglesia de San Cristóbal, las imágenes titulares del Carmen, la Merced y algunas otras, todas existentes en su ciudad natal.

Fué tan notable este artista, que en un periódico de la época, titulado *El Mercurio*, redactado en Madrid, se refiere: que en el concurso celebrado en Roma de varias obras de escultura, fueron calificadas como obteniendo el primer premio, las que presentó el escultor del Papa; el segundo, las del de cámara del Rey de España, y tercero las de un tal Cora de la Puebla de los Angeles; «y tanto por la consideración del papel que representaban entonces los mexicanos, como por lo que con tanta justicia observa Cervantes» de que en esta clase de concursos los primeros premios los obtiene el favor y el *accesit* es el que se reserva al verdadero mérito, podemos fundadamente creer que las obras de nuestro paisano eran sobresalientes.

José Zacarías Cora, discípulo y sobrino del anterior. Se dedicó al estudio de la anato-

mía para verificar la copia fiel del cuerpo humano, pero por desgracia esos conocimientos tenían poca aplicación en las estatuas de santos, que son las que forman las iglesias, que como es sabido, son las que generalmente fomentan el arte; pero en cuanto las circunstancias lo permitieron, Cora pudo utilizar sus conocimientos en la ejecución de los Crucifijos, en los cuales dejó muestras de una habilidad poco común, como lo manifiesta la estatua del Cristo de los Desagravios que se venera en la Iglesia de San Francisco de Puebla, y un Calvario perteneciente a la familia Cardoso. En México, una de las estatuas en piedra que decoran la torre de la Catedral, es obra de este autor, murió Zacarías en 9 de Julio de 1819.

A fines del siglo pasado y a principios del presente florecieron en Querétaro Perusquía, Arce y Montenegro, tal vez discípulos estos últimos del primero, o por lo menos formados en la misma escuela por la mucha analogía de sus estatuas, aunque superando las de Perusquía. En Guadalajara tenemos los tres Arcángeles de la Catedral, el Apóstol Santiago del altar de San Pedro, las Vírgenes del Carmen y la Merced en las Iglesias de su título, un Cristo y una Purísima de propiedad particular, todas de Perusquía, y de Arce son los Arcángeles, San Joaquín, Santa Ana, Santiago de la Iglesia de San Francisco.

Al hablar de estas preciosas obras de arte, no puedo prescindir de recordar las atroces reparaciones que sufrieron los citados Arcángeles de la Catedral y la Virgen del Carmen, obra de Acuña, que está en Santa Teresa; el magnífico catafalco

que el arquitecto de Cámara de Fernando VII, don Dionisio Sancho, concluyó para que se celebrasen en esta Catedral en el año de 1819 honras fúnebres a doña Isabel de Braganza, mausoleo transformado horriblemente para que sirviera en las exequias del ilustrísimo señor Espinosa; la destrucción total de un monumento de madera que se acostumbraba levantar cada año para que sirviera de depósito el Jueves Santo; la sustracción de una de las bellísimas cinco portadas que adornaban el interior del templo para en su lugar abrir un arco descomunal que da entrada a una pequeñísima capilla; y no contentos con eso, las otras cuatro portadas cubrieron su vista con unos llamados canceles, etc., etc. Es pues, muy de temerse, que por el excesivo deseo de restaurar y modernizar las obras antiguas, venga el siglo XIX con sus decantadas luces a oscurecer los preciosos monumentos que nos legaron las pasadas edades. Me permitiré, por lo mismo, repetir las autorizadas palabras que el ilustre Cardenal Belarmino mandó grabar en piedra al concluir la reparación, que para restituir a su primitivo estado, dispuso en la iglesia de su título, de los Santos Nereo y Aquileo.

Quisquis es. . . . . .
Obsecro te per gloriam Dei et merita
Sanctorum martirum, nihil minuto
Nihil demito, nihil mutato antiquitatem
Pie restitutam servato, et siete
Deus adjuvet per orationes Sanctorum.

El único escultor notable que tuvo Guadalajara, fué don Victoriano Acuña, que en el año de 1830

vino de Querétaro, iniciado ya en el arte de la escultura, y que después llegó a un grado notable de perfección. Sus principales obras están en esta ciudad, y son la Virgen del Carmen, en el templo de Santa Teresa, la Coronación de la Santísima Virgen que sirve de remate al altar mayor del Sagrario, las dos estatuas de su altar mayor, San Pedro y San Pablo, y las estatuas de las Tres Virtudes, construídas en piedra y que decoran su pórtico exterior; el Señor de la Expiración en la iglesia del Carmen, etc. Acuña fué discípulo de Perusquía, y el más aventajado probablemente, porque las esculturas que nos están viniendo de Querétaro, son muy inferiores a las de nuestro Acuña. Este apreciable artista murió en el año de 1862, desgraciadamente sin dejar discípulos, porque su carácter adusto y retirado lo alejaba del magisterio. (XIX)

Las antiguas escuelas de pintura y escultura de que nos hemos ocupado, desaparecieron completamente, y tratando de restablecerlas a principios de este siglo, han sufrido varias vicisitudes. Don Rafael Jimeno y Planes, valenciano, vino de España nombrado director de la Academia de San Carlos; pertenecía a la decadencia del arte en la Metrópoli, y sólo notable en las pinturas murales. Trató de fundar una escuela según los principios que los hombres del arte llaman barrocos, cuya doctrina no pasó de la primera generación. Después de varios años de su fallecimiento, fué sus-

(XIX) Debe advertirse que los escultores de que habla el autor, no pueden considerarse propiamente como tales; sino como tallistas, ya que solo ejecutaron imágenes en madera colorida, y accidentalmente una que otra estatua de piedra. La mayoría de esas imágenes estaba destinada a vestirse con ropas de varias telas, según el pésimo gusto de la época.

tituído por el catalán don Peregrín Clavé perteneciente a una escuela compuesta de la española, francesa e italiana, que dista mucho de la de Murillo y Velázquez. Esa es la que ha prevalecido, dirigida actualmente, y de una manera brillante, por nuestro paisano el señor Pina que completó su formación en Europa, y sus discípulos han tenido el alto honor de ser considerados en la última exposición que hubo en Filadelfia.

Respecto de escultura, don Manuel Tolsa, famoso artista que fundió una estatua ecuestre de Carlos IV, que según la calificación del Barón de Humboldt, exceptuando la de Marco Aurelio en Roma, *excede en primor y pureza a cuanto nos ha quedado de este género en Europa*; este artista formó a don Pedro Patiño, éste a su vez a don Francisco Terrazas, uno y otro sucesores en el empleo de su maestro, como director del ramo en la Academia de San Carlos.

En su venida a México, Vilar, que acompañó a don Peregrín Clavé, se encargó en la citada Academia de la cátedra de escultura, y tuvo la gloria de formar a los señores Martín Soriano, Juan Bellido, Epitacio Calvo, Felipe Sojo, Miguel Noreña, e hijo de toda esta escuela al señor Guerra, que ha hecho grandísimos progresos en el arte. Don Felipe Valero y don Tomás Pérez han sido pensionados en Roma. Los señores Islas, hermanos, y los Miranda han perfeccionado sus estudios en Europa habiendo sido antes discípulos de Piquer, en el poco tiempo que estuvo en el país.

Bellas obras podría citar en comprobación de los talentos artísticos que adornan a nuestros ci-

Paseo de la Reforma, México.— Manuel Tolsa.— Estatua de Carlos IV (bronce).

Fot. de Kalho.

sia de la Profesa, México.—Manuel Tolsa.—La Purísima Concepción (madera colorida).

Fot. de Lupercio.

tados paisanos, pero esto sería exceder los límites que marca el título de estos apuntes.

Para concluir este imperfecto trabajo, no me parece deba despreciarse la ocasión de citar las pocas obras notables de pintura que existen en los establecimientos públicos de esta Ciudad.

EN LA CATEDRAL

La Asunción, original de Murillo, del mismo tamaño que la que el Gobierno francés adquirió mediante 120,000 francos. En mi humilde juicio, superior a esta, si hemos de dar crédito a las fotografías que circulan como tomadas inmediatamente del original; pues la composición es de mejor gusto en sus grupos de ángeles, la Virgen más ligera, vaporosa y de tipo mucho más hermoso. Esta perla preciosa, después de haber estado por mucho tiempo oculta, apareció restirada en un nuevo bastidor, y por desgracia recortada, operación que aunque no interesó ninguna figura, se llevó algo del fondo, lo cual es de lamentarse, por que además de que en esta clase de lienzos debe respetarse hasta el último hilo, la menor mengua viene a destruir las proporciones que también entran en las combinaciones del autor. Lo mismo es de sentirse la colocación que le han dado, pues siendo la primera prenda de arte que allí se encuentra, la pusieron en la sacristía y en una posición muy poco conveniente.

LICEO DE VARONES DEL ESTADO

Once cuadros murales de la vida de San Francisco de Asís, cuyo autor por mucho tiempo dis-

putado, ha venido a fijarse según el respetable dictamen de personas competentes y conocedoras de las obras del ilustre sevillano Esteban Murillo, por encontrarse en ellos figuras que sin disputa son ejecutadas por tan diestra mano, y por revelarlo también la entonación general de dichos lienzos.

Tres cuadros de la vida de la Virgen, ejecutados por Lucas Jordán. (De los escasos restos de la galería del padre Nájera.)

Un apostolado, escuela mexicana, autor desconocido. (De la misma procedencia de los anteriores.)

San Juan Evangelista, id. id.

Tres cuadros, pasajes de la Vida de Santo Domingo de Guzmán, por Ibarra.

San Pablo escribiendo, id.

San Agustín y Santo Tomás, tamaño natural, por Alzíbar.

San Gerónimo, por Villalpando.

Un Calvario, autor desconocido

La familia de la Virgen, id.

Seis cuadros de la vida de la Virgen, id.

Tres cuadros de la Historia Romana, escuela mexicana.

El Salvador servido por los Angeles, autor desconocido.

San Bernardo, escuela mexicana.

Diez láminas de bronce, escenas de la Pasión, por Henriquez.

Catedral de Guadalajara.—Bartolomé Esteban Murillo.—La Purísima Concepción.

Fot. de Lupercio.

CATALOGO de los pintores de la antigua escuela mexicana, anotados con asterisco aquellos de quienes se da noticia en los anteriores apuntes. (XX)

Acuña Cosme.
Arteaga Sebastián. *
Arenas Licenciado Bernabé. *
Arellano José.
Arellano Antonio F.
Aguillara Antonio. *
Arreola N.
Alcalá N.
Altamirano.
Aguilera Juan. *
Aguirre Jínes Andrés.
Aguilera Antonio. *
Alzíbar José. *
Alvara. *
Alvarado N.
Angulo Nicolás.
Arnáez Ventura. *
Arrieta Agustín.
Arriaga.
Arriola

Borgraf Fray Diego. de *
Becerra Fray Diego. *
Bedolla.
Berrueco Luis.
Berrueco Nicolás.
Bravo Nicolás.
Barba Figueroa Laurentino.
Ballejo.

(XX) La lista de pintores mexicanos de la época colonial se ha ampliado mucho en esta segunda edición.

Bustos José.
Barba Alonso.
Becerra Nicolás.
Burgos Diego.

Correa Juan.
Calderón Diego.
Castillo José.
Calderón Pedro. *
Cifuentes Rodrigo. *
Contreras Rudecindo. *
Conrado Gaspar.
Cárdenas Salvador.
Casanova. *
Carnero J. Rodrigo.
Cranero Juan. *
Castro Agustín. *
Cabrera Miguel. *
Castillo Francisco.
Castillo José del. *
Castro José Antonio.
Carcanio Manuel. *
Conrado Tomás.
Concha Andrés.
Caro Mariano.
Caro Manuel.
Correa Miguel. *
Carranza Miguel.
Chacón Pedro.

Delgado Antonio.
Delgado Manuel.
Domínguez Manuel.

Echave Baltazar (el viejo). *
Echave Baltazar (el mozo).
Echave Manuel.
Esquivel Joaquín. *

Espinosa Miguel.
Enrique Nicolás.
Fuen Labrador N.
Farfán de los Godos José. *
Gámez Nicolás.
García Ferrer.
Gómez Antonio.
Gómez Mateo.
Guiol José Ventura.
Gutiérrez Roberto.
Gante Sebastián.
García Manuel.*
Gómez Valencia Francisco.
Gutiérrez Rafael.
Herrera Alonso.
Herrera Juan. *
Herrera Miguel. *
Hernández José María.
Henríquez Nicolás. *
Huerto Salvador del. *
Huerto Mariano del *
Islas Andrés. *
Ibáñez Juan Manuel.
Illescas Juan.
Islas Andrés.
Ibarra José. *
Juárez Luis R. *
Juárez José R. *
Juárez Nicolás R. *
Juárez Juan R. *
Jimeno.
Jimeno Rafael. *
López Guerrero José, miniaturista.
Labrada Nicolás Juan.
Laurintino.

Lavandera.
León Francisco. *
López Dávalos S.
López Andrés. *
López Clemente. *
López Cristóbal.
López Calderón.
López de Herrera.
Lara José.
López Guerrero Manuel.
Lara Gregorio.
Lobato.
Lañes Juan Manuel.
Luna Manuel. *

Miranda.
Mirabat José.
Morlete Patricio. *
Molina Melchor.
Martínez Francisco. *
Magón Joaquín. *
Mendoza Miguel. *
Maldonado.
Maldonado Alejo.
Morales Francisco.
Monterrubio.
Manuel hermano jesuita. *
Mota José.

Osorio Manuel.
Ordóñez Juan.
Ordóñez Julián.
Orellana Manuel. *

Pantoja de la Cruz.
Pardo José.
Páez José. *
Pérez Diego.

Pérez Pascual. *
Pérez de la Cerna.
Pereins Simón.
Perulero (el Peruano).
Peralta Xavier de.
Pedro Piedra de la.
Piña Rafael.
Polo Diego.
Polo Bernardino. *
Plata Francisco.
Plaza Juana de la. *
Padilla Antonio.

Quintana Pedro.

Ramírez Pedro. *
Rioja Pedro.
Rodríguez Alconedo Luis. *
Rodríguez Antonio. *
Rodríguez José.
Rodríguez Juárez Juan.
Rodríguez Juárez Nicolás.
Rua Juan.
Romero Gregorio.
Ramírez Francisco.
Rodríguez Mariano.
Rodríguez Pedro.

Saens Juan. *
Santander Antonio.
Salazar.
Salguero Juan.
Salvador de Cárdenas. *
Serna.
Sol Pedro del.
Salazar Basileo.
Sandoval Pedro.
Sánchez Salmerón. *

Sánchez Juan.
Santiesteva.
Sánchez Ignacio.
Salmerón.
Salguero Juan.
Sánchez Antonio.

Tres-Guerras Francisco. *
Talavera Pablo. *
Talavera Cristóbal.
Tinoco Juan. *
Torreblanca.
Torres Torijano Antonio. *
Torres José.

Verbeno.
Vega J. Joaquín.
Villasana Alonso.
Valera Luis.
Vázquez Alonso.
Villalpando Cristóbal. *
Villalpando Carlos. *
Villalobos.
Villafaña.
Villavicencio.
Vallejo J. Antonio. *
Villegas José.
Vázquez Mariano. *
Vázquez José María. *
Valderrama José.

Xicotencatl de Tlaxcala.

Yáñez Juan Manuel.

Zendejas Gerónimo. *
Zárate Alonso.
Zendejas Lorenzo. *
Zalazar.
Zumaya Francisco.

APENDICE

Con este carácter me ha parecido muy oportuno transcribir aquí un artículo que con fecha 23 de abril de 1882 reproduce *La Voz de México*, por contener un dictamen enteramente imparcial sobre nuestra escuela de pintura en México, tanto más apreciable para mí, cuanto que está enteramente de acuerdo con las apreciaciones que hice de la materia en los apuntes anteriores.

LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES Y LOS ARTISTAS MEXICANOS

Tomamos el siguiente extracto del folleto Harper's new Monthly Magazine, publicado en New York el mes de febrero último, que desvanece el desfavorable juicio de nuestra prensa nacional, sobre los artistas mexicanos, exponiendo los verdaderos motivos del desaliento del genio de aquéllos, tributándoles a la vez elogios por haber realizado algunos adelantos, no obstante el olvido en que los tienen los gobiernos, la indiferencia del público por su falta de gusto, y el egoísmo de los

que pueden fomentar un ramo que forma la cultura y engrandecimiento de las naciones.

«La escuela de Bellas Artes de México se está preparando para celebrar este año, con una exhibición, el centenario de su fundación.

Al penetrar al local del establecimiento se siente una viva emoción por el carácter de grandeza que deleita, por la belleza de sus galerías que conservan sus colecciones artísticas en todos los géneros.

Al entrar en cada uno de los salones, se recuerda involuntariamente a Europa; pudiera decirse que son una copia del Louvre o del museo de los Oficios en Florencia; pero aun más recuerda la memoria el museo de Bolonia, por el orden y simetría de sus cuadros y por su colorido que hacen ver que los mexicanos están dotados de un sentimiento especial, como los italianos, españoles y flamencos; los cuadros que se vieran suspendidos en las paredes de la Academia de San Carlos, además de manifestar el buen sentido del color, revelan también las excelentes dotes de sus autores en la composición del diseño, y una perfecta sujeción a las leyes de la estética.

Si nuestras escuelas de Nueva York están en aptitud de presentar dibujos acabados, como se ven en sus ejercicios quincenales, no pueden competir ciertamente en el realismo con los ejecutados en San Carlos que son superiores a los de los estudiantes de la Real Academia Británica, con quienes lucharán para disputarse el primer premio como se vió en el primer año de la presidencia del señor Federico Leigthon.

Creo también que los profesores de la Academia de México desempeñan perfectamente su cometido, y tienen la aptitud necesaria para formar a sus alumnos. ¡Es una desgracia que éstos no puedan desarrollar sus dotes, en el desempeño de grandes ideas, porque el mercado de ese país para cualquiera género en el arte, es extremadamente pequeño! No hay comisiones de los gobiernos que son los que en las naciones le dan vuelo y poderoso impulso; sino que esos artistas son ocupados por los particulares, cuando más en la confección de retratos ocasionales, ramo por cierto muy mezquino para que un artista pueda desarrollar ni dar a conocer sus talentos.

No he visto pinturas notables en las mejores casas de México, y sus dueños se contentan solamente con ornarlas de grabados y cromos.

La abundancia de talento, en este respecto recibe poco impulso, y por consiguiente, no es posible que adelante, y los artistas de México serán siempre medianías. Muchos de esos infortunados de genio extraordinario, se esfuerzan en manifestarlo en las paredes de las tabernas, haciendo uso exclusivo de la profesión, como simple medio de adquirir su subsistencia. ¿Y qué hacer en un país en donde los poderosos y todos los que pueden fomentar el arte son enteramente refractarios a él?

Las obras de arte que campean en la capital de México y en las de algunos Estados son exclusivamente religiosas y éstas han servido en muchos casos, como modelos de arte a muchos de los pintores de México, hasta que en la época moderna fueron llamados profesores de Europa

para reformar una escuela que se había perdido y que floreció en la de Baltazar Echave y José Juárez; esto acaeció el año de 1600.

Existe una tradición romántica, respecto de Baltazar y es: que su mujer fué la que lo enseñó a pintar, y no nuestros europeos.

Los genios de la antigua escuela mexicana poseían el talento de la decoración en grande escala y empleaban además de una vigorosa ejecución y facilidad de estilo, un sentimiento justo en el color y en la idea, llevado hasta el idealismo, fruto del carácter ascético de la época.

Deleitan las obras de esos maestros por la riqueza de su colorido y su fácil ejecución que llenaba espléndidamente los grandes espacios de sus cañamazos; obra verdaderamente difícil en que entra el genio creador para sostener la armonía de una composición colosal que tiene que ligar todas sus partes para producir un total homogéneo.

Difícil sería hacer enumeración completa de todos los tesoros de la escuela antigua mexicana, porque son inagotables; me limitaré sólo a hacer mención de un San Indefonso pintado por Luis Juárez, de exquisito trabajo.

El Santo se encuentra en un rico mantel de damasco en el bufete de orar, en una silla esculpida, cubierto todo con paño del mismo color, y está recibiendo de los Angeles las insignias del rango de Obispo. El manto del ángel que está en primer término, es de un color de siena quemada y este tono contrastado con blanco.

El grupo de seis cabezas abajo, está formado sobre un elipse de corta inclinación.

Arteaga es autor del gran cuadro de Santo Tomás, de un vigor y verdad poco común; semeja una obra del Caravagio.

José Juárez, de un par de niños mártires, San Justo y San Pastor, con trajes semejantes al hijo de un burgomaestre: los instrumentos de su martirio se miran en el fondo, y en la parte inferior del cuadro, un rompimiento de gloria con unos ángeles tan bellos y de paños tan clásicos y ricos de entonación, que cada uno puede formar un cuadro separado de mucho valor.

Baltazar Echave, el joven, Juan y Nicolás Rodríguez y otros, son de igual excelencia.

Un nuevo período, que podemos llamar de decadencia, empieza con Ibarra y Cabrera, siendo éste superior, al final de 1700. Sin embargo, hay la misma distinción y nobleza en sus obras: sus figuras tienen un golpe de vista vigoroso al par que ideal y vaporoso, que se dan la mano con las de Murillo.

Las pinturas de este segundo período, tienen un aspecto un poco desentonado, y en donde se percibe más este defecto es en las de Ibarra, jugar inmoderadamente el crudo punzó y el azul que producen un aspecto monótono que rechaza la vista.

El arte religioso en estos últimos pintores remeda un poco los caracteres de la edad media.

La galería extranjera de San Carlos posee si no numerosos cuadros de todos los pintores europeos, sí cuenta uno o dos de los más caracterizados, como son: Rivera, Murillo, Carreño, Leonardo de Vinci, Rubens, Vandick, Rembrandt,

etc., etc.; además de algunos contemporáneos en figura y paisaje como son: Cogheti, Marko, Landesio Podesti y otros.

Una exhibición periódica que ha celebrado la Academia desde su reforma, por los alumnos más adelantados, ha dado el buen resultado de formar una colección bien numerosa que no está desnuda de mérito, que caracteriza la moderna escuela mexicana y va marcando los pasos que diariamente da en su adelantamiento.

La tradición religiosa prevalece en todas esas modernas composiciones, aunque los asuntos son tomados hoy de la Biblia en lugar de los Bolandistas, Agar, Ismael, el Buen Samaritano, los Hebreos cautivos en Babilonia, Noé recibiendo el ramo de oliva en el arca.

En general se encuentra una extremada limpieza de mecanismo en esta escuela y la más nimia suavidad en las carnes y paños, la disposición de líneas y expresión son excelentes. Esos viajeros del Arca no han sufrido los dolores de la emergencia del diluvio, y los pastores en el sol y labradores en el campo, tienen la complexión de una dama. Rebull, que estudió en Roma en la escuela de Overbeck, repite aquí los eternos colores violeta y amarillo limón, vistos en las decoraciones modernas del Vaticano.

Los trabajos del más reciente período, bajo la apta dirección del señor Salomé Pina, un discípulo de Gleyre, son mucho más viriles. Los asuntos también son más clásicos. Allí están Baco y Ariadna, la muerte de Atala, la muerte de los hijos de Niobé por Apolo: Cupido envenenando una flor, por

Ocaranza, un encantador muchacho pescador, por R. Gutiérrez, etc., etc.

Algunos de los artistas mexicanos han tenido la ventaja de estudiar fuera; pero el más fuerte de todos ellos, es Félix Parra, quien está en la actualidad disfrutando un gran premio en Roma por el cuadro del buen fraile las Casas protegiendo a los aztecas del puñal asesino de los españoles. Pintura es ésta, que traduce el sentimiento en sus tonos armoniosos a la vez que enérgicos, que le dan suficiente valor artístico para figurar en cualquiera exhibición del mundo, advirtiendo que el artista no había vistó otro país que el suyo.

Algunos compañeros de él siguen sus pasos de cerca y son también enérgicos y atrevidos.

Igual cosa debe decirse del profesor de paisaje, Velasco, que ha realizado gráficamente el magnífico valle de México. Este artista es notable y puede lucir en cualquiera exposición europea.

En escultura, hay también mucha notabilidad en los mexicanos.

Los amateurs en México son muy escasos; apenas se halla uno que otro que posea pinturas antiguas europeas o del país: en la capital hay uno o dos, así como en Puebla. En la Catedral de esta ciudad y en las de otros Estados suelen verse algunos cuadros buenos, y tienen muy escasos admiradores. La mayor parte de los que en una época existieron, fueron extraídos del país por manos extranjeras.

Es de notar que en México los adelantos de la literatura no guardan paralelo con los de Bellas Artes; pero de todos modos, ambos están

exhaustos de protección y son carreras improductivas para los mexicanos».

A los cargos que se hacen a nuestros gobiernos en el artículo anterior, hay que agregar, que por no proporcionar una corta subvención se perderán más de cuatrocientos cuadros de la antigua escuela, relegados a unas bodegas, que pudieron salvarse formando a poco costo unas nuevas galerías donde se conservaría viva nuestra historia nacional del arte.

Guadalajara, Junio 20 de 1882.

ADICIONES (XXI)

SIGLO XVI

Resultando como dudosa la venida del pintor Cifuentes con Hernán Cortés, sólo consignamos como pintores existentes en la Nueva España en este siglo al español Alonso Vázquez elogiado por Torquemada, y citado como autor de los cuadros, obsequio al Marqués de Montes Claros y que en 1603 fueron colocados en la Capilla de la Universidad. (XXII) Al lado de él figuran como artistas notables los tres indios Andrés de Aquino, Juan de la Cruz, y un tal Rúa citados por los historiadores Bernal Díaz y Torquemada; pero desgraciadamente ninguna obra de esos autores ha llegado a nuestro conocimiento, y solo sí sus encomios por tes-

(XXI) Estas adiciones que siguen fueron encontradas manuscritas entre los papeles del señor Villa.

(XXII) La existencia de Rodrigo de Cifuentes no puede ya considerarse dudosa, a pesar de que don José Bernardo Couto hace graves objeciones acerca de las noticias dadas por el Conde de la Cortina sobre este pintor. Indudable es que este incurrió en algunos graves errores; pero después del descubrimiento del cuadro que representa a Hernán Cortés ante San Hipólito, que reproducimos en este libro, por primera vez, cuadro que indudablemente fué pintado en el siglo XVI, y que lleva la firma de Cifuentes, como la describe el conde de la Cortina, creo que no puede ponerse en duda su existencia.

tigos oculares. Los más antiguos trabajos que nos ha sido dado el poder gustar son los de Baltazar Echave, fechados hasta la mitad del siglo XVII, pero últimamente me ha cabido el placer de conocer un cuadro de Pedro Quintana en una lámina de cobre de media vara que representa a San Ignacio en medio de una gloria adornada de ángeles que le presentan una custodia, fechado en 1577. Este, unido a otro lienzo existente en la ciudad de León en poder de un particular, cuyo asunto es San Gregorio Nazianceno, en el acto de elevar la hostia, ejecutado en 1645 por Basilio Salazar, nos confirman más y más en el concepto de que el origen de nuestra escuela reconoce a la de Sevilla cuyos principios trasmitió Alonso Vázquez; pues es tal la suavidad de pincel, el buen dibujo y la inspiración sublime de estas composiciones, que es imposible no ver en ellas mucho del espíritu creador que animó a los Campaña, Berruguete, Coello y Murillo. Así es que la primitiva escuela mexicana fué formada por Vázquez y sus discípulos Aquino, de la Cruz, Crespillo, Rúa, Quintana Salazar y Echave.

Sólo por cumplir con mi propósito de dar lugar en estos apuntes a cuanto se relacione con el arte en nuestro suelo, citaré dos trabajos que últimamente he visto, y que ningún escritor hace mérito de las producciones de estos autores. Una Sagrada Familia de tamaño natural pintada por Villalobos, y un San Simón Estilita, por Arriaga, que pone al Santo elevado sobre una columna en actitud de predicar, a cuyo pie está un numeroso pueblo que lo escucha. Ambas obras

menos que medianas, no dejan sin embargo de revelar algún mérito en la composición, y la variedad de tintas características de la escuela a que pertenecen.

En confirmación de lo que en la página 21 de este opúsculo dije sobre el mérito de las producciones de José Ibarra, someto al juicio de los inteligentes un cuadro mural de la Resurrección de Jesucristo que está colocado en una capilla lateral de la Iglesia de San Francisco, de Celaya, siendo de mucho menos importancia otro igual colocado al frente, que tiene por asunto la Ascención, no obstante ser de la misma mano.

Otro tanto hago con respecto a Juan Rodríguez Xuárez, citando el lienzo que cubre una de las paredes del vestíbulo de la Iglesia del Carmen, de Celaya, que representa el Triunfo de la Iglesia. Es una verdadera joya de arte que con razón ha habido persona que ofreció por él diez mil pesos, según me informó el Rector de la citada Iglesia, J. Joaquín de S. Alberto.

En esta misma Iglesia del Carmen, en el centro de uno de sus altares figura una Trinidad de novedosa y artística invención, del pincel de Tres-Guerras, repetida con menos éxito para la Iglesia de San Francisco de la misma ciudad. Ejecutada con destreza, dulzura en la entonación y muy buen dibujo. Sobre un rompimiento de Gloria está el Padre Eterno; en la perpendicular inmediata se ve en forma de paloma el Espíritu Santo, y en el fondo mate del cuadro está el nacimiento del niño Dios rodeado de un risueño paisaje campestre, sin accesorio de ninguna otra especie. Esta produc-

ción me parece superior al Juicio final, que mucho ha perdido ya por el sumo deterioro en que se encuentra, y de que hablé en su lugar; teniendo que agregar, que el punto que le sirve de base son tres órdenes de gavetas sepulcrales, que descubiertas presentan en su entrada osamentas de un relieve fascinador, que tanto más lucen cuanto conservan su primitivo colorido, casi perdido en el resto de la composición.

Entre unos papeles pertenecientes al difunto señor Canónigo don José Guadalupe Romero encontré unos MSS. conteniendo apuntes biográficos de jalisciences célebres y en la sección de pintores, dice:

«Don Ramón Cuentas: nació en Guadalaxara y fué discípulo de Cabrera en México, a donde vino para aprender el arte de la pintura al lado de tan hábil artista, permaneció a su lado por el espacio de diez años volviéndose a Guadalaxara donde estableció su obrador. Hizo muchas pinturas para los Conventos, quedando un grande y magnífico cuadro de Nuestra Señora viendo a los cielos, acompañada de muchos grupos de ángeles y que existe en la Sacristía de la Iglesia de la Merced. Esta pintura, así como las otras que dejó, son muy recomendadas por los inteligentes. Murió en Guadalaxara »

Habla en seguida de don Antonio Castro y de su hijo don Felipe Castro y también de don Pedro Uriarte, y concluye con el escultor don Victoriano Acuña.

De un Cuentas, pues no dice quien, conozco y existe un cuadro retrato del Ilustrísimo señor don

Vasco de Quiroga, en el Primitivo Nacional Colegio de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia. En mi humilde concepto no es una pintura ni siquiera regular.

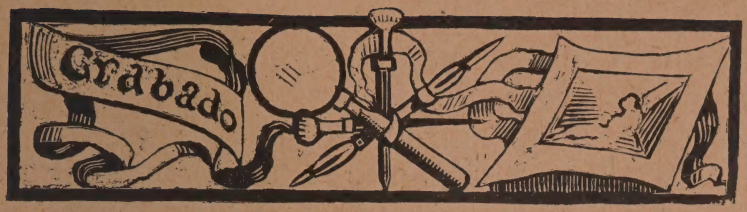
Los hermanos *de la Serda* (sic) son indios michoacanos, pintaron muchos cuadros *de ánimas*, principalmente para los pueblos de indios, deben haber existido a fines del siglo próximo pasado y muerto muy a principios del presente. Conozco dos retratos, uno del señor Quiroga de la Compañía de Jesús de Pátzcuaro, y otro del hermano Lerin, en la antesacristía del Santuario de Nuestra Señora de la Salud, también en Pátzcuaro, hechos por Juan de la Serda, que pueden lucir en cualquier lugar; no obstante esto, en las demás pinturas que conozco no pasan de regulares.

Don Tadeo Ortiz habla en su obra *México considerado como Nación independiente y libre* de un tal Lavandera jalisciense, como de un notable pintor.

Morelia, julio 26 de 85.

N. León.

Apuntes para el señor licenciado don Agustín F. Villa.



EL ARTE DEL GRABADO EN LA NUEVA ESPAÑA

Si Duplessis ha podido decir, tratándose de España, que solo ha producido dos grabadores notables: Rivera y Goya, ya podemos imaginarnos lo que sería el grabado en la Nueva España, a pesar del notable desarrollo que alcanzó la pintura en la colonia.

Míseras estampas ocasionales, iniciales y adornos tipográficos, figuras de santos destinadas a devocionarios vulgares, de pobre inventiva y pésimo dibujo, es todo lo que puede encontrar, quien pretenda hacer un estudio del grabado de México durante la época colonial, sin que pueda citarse el nombre de un solo grabador que merezca el nombre de artista, si no es en los últimos tiempos de la dominación española en que vinieron de la metrópoli Gil y Fabregat.

A no ser por el interés que despierta siempre

cuanto se relaciona con los principios de un arte cualquiera al introducirse en un país, y por la íntima relación que existe entre la pintura y el grabado, quizá suprimiríamos estas líneas, destinadas a conservar los nombres de nuestros antiguos grabadores, los que tomamos de lo escrito por don Vicente de P. Andrade, del estudio de don Manuel Romero de Terreros y Vinent y de algunos apuntes nuestros.

Hoy está fuera de duda que los primeros grabados ejecutados en México lo fueron en el siglo XVI. El señor García Icazbalceta escribiendo sobre la introducción de la imprenta en la Nueva España, dice: «Además de los caracteres comunes, de muchas iniciales historiadas y de ciertos adornos tipográficos, poseían los impresores gran número de toscos grabaditos religiosos que prodigaban, especialmente en las Doctrinas, y que pasaban de unos a otros. Los más serían traídos de España, pero se ve que en México había también grabadores. Probablemente fué ejecutado aquí el escudito con la leyenda en tarasco, que se ve en la Doctrina Mexicana, sin año (número 14), y no cabe duda que en México se hizo el Túmulo Imperial (número 39). Escribiendo el Arzobispo Moya al Presidente Ovando en 24 de Enero de 1575, le dice: «Las insignias que hice imprimir para suplir la falta de bulas de la tasa de dos reales y de cuatro, se van expendiendo tan bien como las bulas, porque como los indios no saben leer gustan más de la pintura que de la escritura.» La explicación nos da a entender que esas insignias eran estampas; más no sabemos si se imprimirían en los moldes

rchivo General de la Nación, México.—Juan Ortiz.—Primer grabado, que se conoce, impreso en México, en 1570.

Fot. de Lupercio.

existentes ya aquí, o en otros hechos expresamente. Lo mismo puede decirse de la estampas que con tanto empeño difundía Fray Juan Bautista entre los indios.»

El grabado más antiguo, tirado aparte, que se conoce y se tiene la seguridad de que fué hecho en México es una estampa de la Virgen del Rosario, grabada por Ortiz, y que originó el proceso formado por la Inquisición en su contra, debido a la leyenda que acompañaba al grabado, que data de 1571.

Ese mismo proceso y el de Pedro de Ocharte, formado también por el Santo Oficio, demuestran que en 1572 había en México grabadores de estampas y de naipes y aún fundidores de tipos.

En 1582 se fabricaban en México nueve mil docenas de naipes cada año; se vendían a tres reales y eran más estimados que los traídos de España. Así consta de una carta del virrey conde de la Coruña fecha 3 de Noviembre de dicho año.

Hay que notar que en las diversas ediciones de devocionarios, doctrinas y otros libros piadosos semejantes, las estampas se repiten sin variación alguna durante siglos; pues los impresores eran comerciantes que poco se preocupaban de la parte artística de sus libros, por regla general, anteponiendo el lucro a toda otra consideración, siendo curioso observar que aún en el día se usan en obras de tal naturaleza estampas grabadas hacen cien años.

En las obras publicadas durante el siglo XVIII, se encuentran grabados que sin ser una maravilla están mejor ejecutados, en algunos de ellos el

dibujo es de los pintores notables de la época, como Ibarra, autor de la portada del libro titulado: *Escudo de Armas de México*. Además grababan por entonces en México: Fabregat, Gil y Suria, por lo que puede decirse que por entonces el grabado en la colonia se encontraba a igual altura que en España.

De los grabadores del siglo XVI, solo conocemos el nombre de Juan Ortiz, que vivía en México en 1570. En el siglo XVII se cuentan: Antonio Andrés, de quien se conocen grabados fechados desde 1683 hasta 1716, Espejo Vicente 1653, Estradamus 1604 a 1609, Antonio de Castro de 1666 a 1740, Alberto Castro 1696, D. P. Rosillo 1679 a 1733, Guerrero Miguel 1694, López 1692 a 1694, Mira el Río 1694, Sarmiento el mismo año, Villegas 1696 a 1766, Isarti 1681 a 1694, Zárate 1605 y Amat el mismo año.

En el siglo XVIII y principios del siglo XIX se cuentan los siguientes grabadores, siendo las cifras que van a continuación de los nombres, las que llevan los grabados de ellos conocidos, y que indican el año en que fueron ejecutados: Aguila F. 1798, Aguila José Mariano 1797 a 1800, Agüera Bustamante 1784 a 1820, Alemán 1728, Andrade 1746 a 1797, Aráoz Manuel 1809 a 1814, Balbás 1746 a 1747, Benavides 1778 a 1786, Ceballos 1699, Fabregat José Joaquín 1788 a 1805, Gámez 1764 a 1771, Gil Gerónimo Antonio 1731 a 1787, Gordillo Francisco 1807 a 1816, Gutiérrez 1768 a 1805, Higuera F. 1724, Hogal 1758 a 1759, Juárez Francisco Rodríguez 1753, La Rea o Rea José Simón de 1795 a 1820, López López 1804 a 1820, Lozano 1805, Már-

quez Francisco Javier 1753, Mora 1782 a 1790, Molina 1782 a 1790, Montes 1816, Montes de Oca 1791 a 1817 Montes de Oca Luis 1774, Morales José Eligio 1753 a 1797, Moreno Agustín 1774, Moreno Antonio Onofre 1744 a 1797, Mota 1710, Nava José de, quizá el mejor grabador mexicano, 1755 a 1807, Navarro José Mariano 1765 a 1807, Náxera José de 1764 a 1807, Orduña Orduño u Ortuño José Benito 1751 a 1820, Oruño González de Aragón 1769, Osorio 1792, Parra 1780, Pavía 1780 a 1790, Perea 1722 a 1807 (?), Pérez 1734, Ponce 1747, Prado 1771 Prietas Ignacio García de las 1770 a 1817, Rey 1793, Rodríguez Francisco 1751-59, Rodríguez Pedro Vicente 1810-20, Salcedo 1753-76, Salvatierra 1743-46, Sanapa 1802, Sandoval 1762, Santillán 1728, Serrano1770, Silverio Francisco 1719 a 1802, Sotomayor Joaquín 1729-37, Sotomayor José 1754-87, Suria Tomás 1785-97, Torreblanca José Mariano 1817-21, Torres Francisco de 1688, Tresguerras Francisco Eduardo 1818, Troncoso Diego 1747-89, Troncoso y Sotomayor 1743-50, Urbina 1765, Velázquez 1789 a 1818, Ximénez Fray Francisco. O. P. 1755-56, Zapata Salvador 1754 a 1820, Andrea 1795, Carrasco Miguel 1755, Casanova Francisco 1791, Castillo Antonio del 1728, Galicia 1819, Jordán 1815, Mendoza 1817, Rubio 1778-84, Víveros 1782-75, Zúñiga 1740, Infante 1825, Villavicencio 1786.

ALFONSO TORO.

INDICE

	Págs.
Al Lector	V
Dedicatoria	XI
Introducción	XIII
Siglo XVI	XXXI
Siglo XVII	XXXIII
Siglo XVIII	XLII
Escultura	LXV
En la Catedral	LXXI
Liceo de Varones del Estado	LXXI
Catálogo de los Pintores	LXXIII
Apéndice	LXXIX
La Academia de Bellas Artes y los Artistas Mexicanos	LXXIX
Adiciones. —Siglo XVI	LXXXVII
El Arte del Grabado en la Nueva España	XCIII

Plantilla para la colocación de las láminas:

	Págs.
1.—Retrato del autor	frontispicio
2.—Rodrigo de Cifuentes.—Hernán Cortés dando gracias a San Hipólito por la Conquista de México.—Museo Nacional	XXXI
3.—Detalles de la decoración al fresco del Convento de San Agustín de Acolman, siglo XVI	XXXIII
4.—Escuela Nacional de Bellas Artes, México.—Baltazar de Echave (el viejo).—Martirio de San Ponciano	XXXIII
5.—E. N. de Bellas Artes, México.—Sebastián de Arteaga.—Santo Tomás tocando el costado de Cristo	XXXV
6.—E. N. de Bellas Artes, México.—Sebastián de Arteaga.—Los desposorios de la Virgen	XXXV
7.—E. N. de Bellas Artes, México.—José de Ibarra.—La Mujer Adúltera	XXXVI
8.—E. N. de Bellas Artes, México.—Juan Rodríguez Juárez.—Auto-retrato	XXXVIII
9.—E. N de Bellas Artes, México —Baltazar de Echave (el mozo).—El Entierro de Cristo	XXXIX
10.—E. N. de Bellas Artes, México.—El Padre Manuel (jesuita). - La Inmaculada Concepción	XLI
11.—E. N. de Bellas Artes, México.—Miguel Cabrera.—El Patrocinio de señor San José	XLIII
12.—Iglesia de San Martín.—Tepotzotlán.—Miguel Cabrera. La Virgen protegiendo a la Compañía de Jesús	XLIV
13.—E. N. de Bellas Artes, México.—Juan Correa.—Santa Bárbara	XLVII
14.—Museo Nacional, México.—José de Alcíbar.—Retrato de una Monja	LIII

Págs.

15.—Iglesia de San Marcos.—Aguascalientes.—José de Alcíbar.—La Adoración de los Santos Reyes..... LIV
16.—Paseo de la Reforma, México.—Estatua de Carlos IV, por Manuel Tolsa (bronce)..... LXX
17.—Iglesia de la Profesa, México.—Manuel Tolsa.—La Purísima Concepción (madera colorida)..... LXX
18. —Catedral Guadalajara.—Bartolomé Esteban Murillo.—La Purísima Concepción..... LXXI
19.—Archivo General de la Nación, México.—Juan Ortiz.—Primer grabado, que se conoce, impreso en México, en 1570..... XCV

CORRECTORIO

DICE	DEBE DECIR
Página X nota. «Las notas marcadas con números son del licenciado Toro, las demás son del autor de esta obra.»	«Las notas marcadas con números romanos son del licenciado Toro, etc».
Página XV línea 12 «hielo».....	«hilo»
„ XIX „ 3 «otros»	«otro»
„ „ „ 27 «Monge»	«monge»
„ XXII „ 11 «y que inmortales victorias».....	«y que con inmortales victorias»
Página XXIII nota (IV) línea 5 «En cuanto a Alonso»	«En cuanto a Alonso Vázquez»
Página XXXVII línea 26 al final y principio de la 27 «Teposotlan»	«Tepotzotlán»
Página XLI línea 28 «Oberbek».....	«Overbeck»
„ LI „ 5 «Berdardino»..	«Bernardino»
„ LII „ „ «de la nota (XIV) «tomados»	«tomadas»
Página LVII línea 3 «es tético».....	«estético»
„ LXIX „ 25 «solo notable»...	«solo fué notable»
„ LXX „ 21 «Peregrín».....	«Pelegrín»

A gloria y alabanza del Arte Nacional se acaban los Breves Apuntes sobre la Antigua Escuela de Pintura en México. Fueron impresos en la Muy Noble, Leal e Imperial Ciudad de México en la casa de "Don Quijote", antigua calle del Aguila, ahora de Medinas números 54 y 56. Dibujó la portada exterior Valerio Prieto, el retrato del autor Severo Amador, las cabezas y final A. Toro. Fueron autores de las fotografías de las obras de arte reproducidas, Antonio Cortés, Rojas, Lupercio, Silva, Ojeda y Kalho. De los fotograbados Ibarra y de los grabados en madera Portillo. Acábase de imprimir a los treinta días del mes de Mayo del año del Señor de MCMXIX

Talleres Ti
ficos de "Do
jote"- Medi
y 56.-Méxic

91-B9595

GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00033 4702